

LOS PADRES

DE LA

COMP. DE JESUS



FUSILADOS EN PARIS

41

CCIC

96

BX374
P6



005796



1080016514

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

EN NUEVO LEÓN

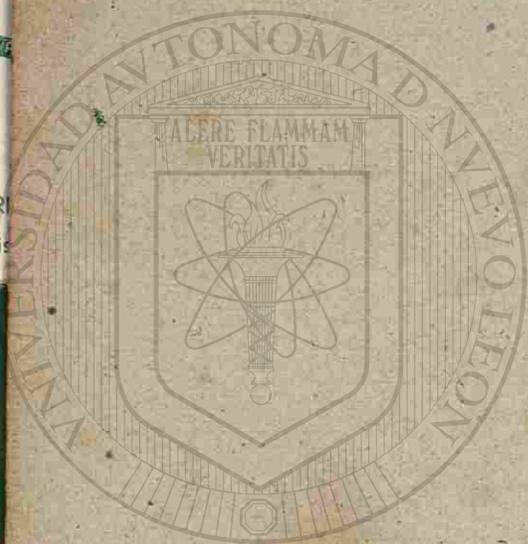
SECRETARÍA



EX

HEMETHER

Epis



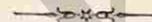
ACTAS

DEL

CAUTIVERIO Y DE LA MUERTE

DE CINCO PADRES

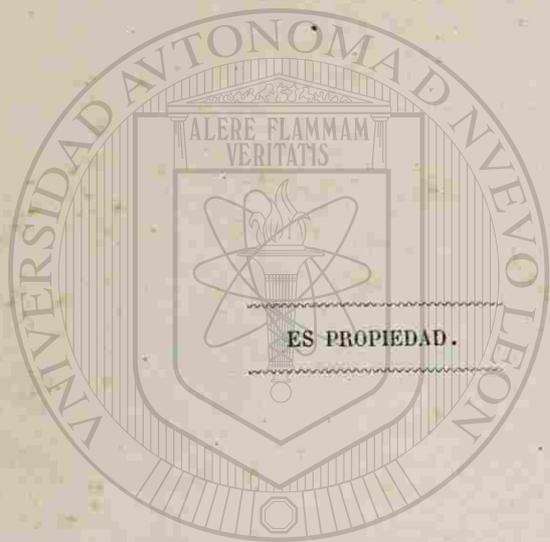
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

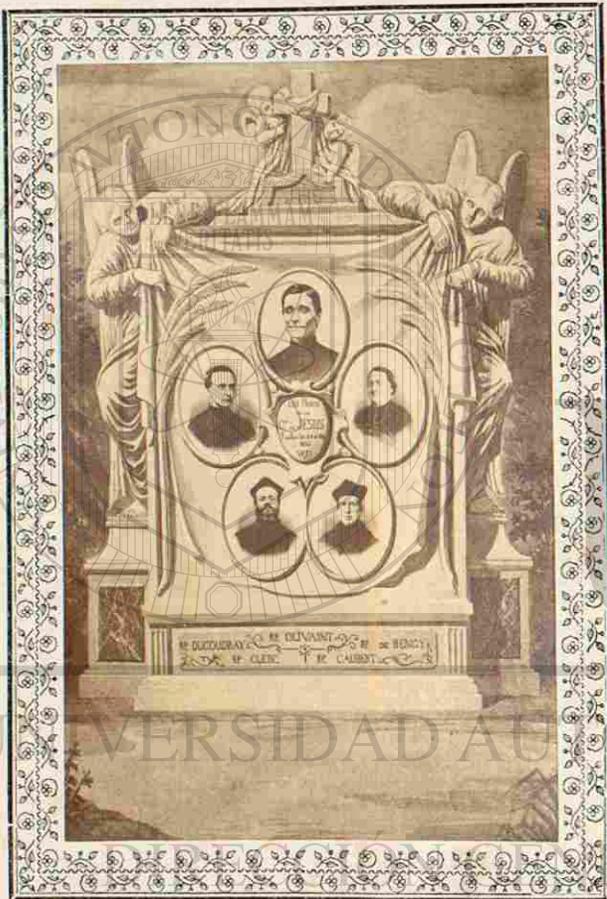




UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACTAS

DEL

CAUTIVERIO Y DE LA MUERTE

DE LOS RR. PP.

P. OLIVAIN, L. DUCOUDRAY, J. CAUBERT,

A. CLERC, A. DE BENGY,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

POR EL

P. ARMANDO DE PONLEVOY

DE LA MISMA COMPAÑIA.

¡Ibant gaudentes!

TRADUCIDO DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA.



Capilla Alfonso

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Universitaria

BARCELONA.

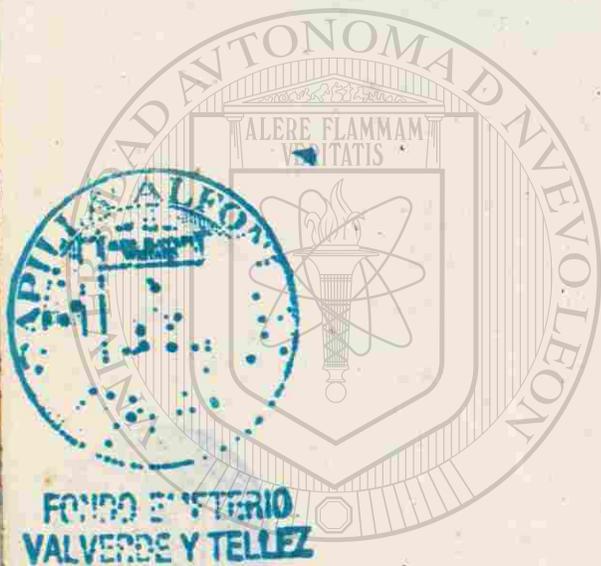
LIBRERIA CATÓLICO-CIENTÍFICA DE LA VIUDA E HIJOS DE J. SUBIRANA,

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚMERO 16.

1871.

42834

BX3741
P6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL ILTRE. SR. DR. D. JOSÉ MORGADES Y GILI,
Canónigo penitenciario de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona.

Colocando el nombre de V. I. R. al frente de esta modesta traducción, no cumpla un mero deber de cortesía y gratitud; una imperiosa ley de justicia así lo reclamaba.

Suya fué la idea de dar á conocer en nuestra querida patria los sufrimientos y abnegacion de los preclaros mártires de la Compañía de JESUS inmolados recientemente por la revolucion en París.

Al leer el texto francés, su corazon grande siempre y generoso, debió latir á impulsos de las tristes escenas que en él se relatan, y su alma cristiana, comprender la de aquellos que en el seno de Dios gozan ya el premio de su heroico sacrificio en aras del hábito que vestian y la fe que profesaban.

Encargándome la traducción me dió una alta prueba de deferencia que aprecio en lo que vale.

Que el nombre de V. I. R. unido siempre á cuanto se intenta en pro de la pobre humanidad de este aun mas pobre siglo, me escude contra los innumerables defectos de mi débil trabajo.

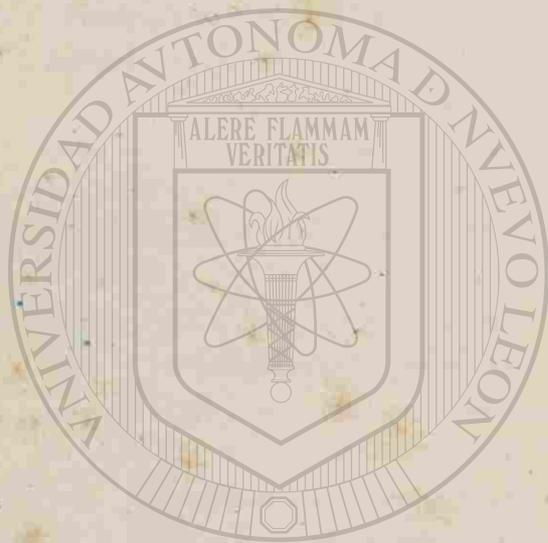
B. L. M. DE V. I. R.

S. S. S.

José de Vedruna.

Barcelona, Octubre de 1871.

005799



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTAS

DEL

CAUTIVERIO Y DE LA MUERTE

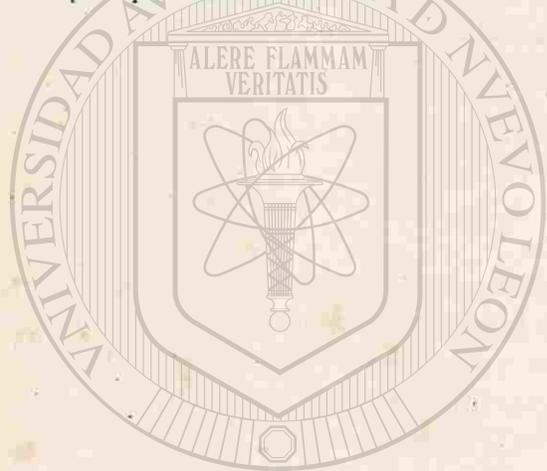
DE LOS PADRES

PEDRO OLIVAINT, LEON DUCOUDRAY,
JUAN CAUBERT, ALEJO CLERC, ANATOLIO DE BENGY,
SACERDOTES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Me atrevo á encabezar este opúsculo con el título consagrado en la lengua de la Iglesia; quedará según creo, bastante justificado por el asunto y por el género de mi modesto trabajo. En efecto, en las páginas que siguen, nada hay mío, ni el fondo, ni aun la forma; las he solamente recogido, clasificado y en fin publicado. Los documentos son relaciones y correspondencias: por una parte, testigos, providencialmente escapados de la Conserjería, de Mazas y hasta de la Roquette, nos han contado lo que han visto; por otra, nuestros queridos cautivos, hoy gloriosamente libertados, se han como revelado á sí mismos; desde el fondo de su calabozo, no podían ya hablarnos, pero podían todavía escribirnos, ya al descubierto bajo la mirada de los carceleros, ya ocultamente, á través de todos los cerrojos. Estas cartas tan sencillas, tan serenas me han parecido un testamento digno de nuestros mártires.

No hay que admirarse pues si no me ocupo mas que de mis hermanos. No es esto en modo alguno pretension por mi parte; es simple discrecion. Otros, así lo esperamos, harán por los suyos lo que yo hago aquí por los míos: *Fratres meos quæro*.

Pero antes de narrar los últimos combates de nuestros queridos compañeros, creo deber dar al menos el resúmen y los principales datos de su vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El P. Pedro OLIVAIN'T nació en París el 22 de febrero de 1816. Después de brillantes estudios en el colegio de Carlomagno, pasó tres años en la Escuela normal, y obtuvo los títulos de licenciado en letras y sustituto de la cátedra de historia. Enseñó solamente dos años en la Universidad, primero en el Instituto de Grenoble, despues en el colegio Bourbon, en París. Durante los cuatro años siguientes dirigió la educacion del hijo menor del Señor duque de la Rochefoucauld-Liancourt.

En 1845, fué recibido en nuestra Compañía por el R. P. Rubillon, entonces provincial, é hizo sus dos años de noviciado, parte en Laval, parte en Vannes.

Enviado al colegio de Brugelette para enseñar historia, hizo sus primeros votos el 3 de mayo de 1847 y fué vuelto á llamar á Laval, en donde estudió la teología durante cuatro años.

Desde 1852 á 1856, fué agregado al colegio de Vaugirard, como profesor, director y predicador de los alumnos y en fin como prefecto de estudios.

Despues del tercer año de probacion, hecha en Nuestra Señora de Liesse en 1856, fué nombrado rector del colegio de Vaugirard, en donde hizo sus votos de profeso, el 15 de agosto de 1857.

En 1865 vino á ser superior de nuestra casa de la calle de Sèvres, y conservó este puesto hasta su muerte.

El P. Leon DUCOUDRAY, nacido en Laval el 6 de mayo de 1827, empezó sus estudios en el seno de su familia, los continuó en el pequeño seminario de París, que dirigia entonces Mgr. Dupanloup, y los terminó en el colegio de Château-Gontier.

Inmediatamente despues de la carrera de derecho que prosiguió hasta el doctorado inclusive, fué admitido en la Compañía por el R. P. Studer, provincial, el 2 de octubre de 1852, hizo su noviciado en Angers y pronunció allí sus primeros votos en 1854.

Fuó dedicado enseguida durante tres años al estudio de la Filosofía en Laval, despues agregado en calidad de sub-prefecto de estudios á la escuela de Santa Genoveva, en París.

A partir de 1861, estudió durante cuatro años la teología en Lyon, é inmediatamente despues hizo el tercer año de probacion en Laon.

Fuó nombrado rector de la escuela de Santa Genoveva el 25 de agosto de 1866; despues de cuatro años, este título le ha costado la vida.

Habia hecho sus últimos votos de profeso el 2 de febrero de 1870.

El P. Alejo CLERC habia nacido en París el 11 de diciembre de 1819; alumno del colegio de Enrique IV, despues de la Escuela politécnica, abrazó la carrera de marina, en donde sirvió durante trece años.

Era teniente de navío, cuando se presentó al R. P. Studer, provincial, el 28 de Agosto de 1854.

Despues de su noviciado hecho en Saint-Acheul, hizo sus

primeros votos, el 8 de Setiembre de 1856, en la capilla de aquella casa.

Un solo año se le dió para repasar la filosofía en Vaugirard. Despues durante cinco años consecutivos, fué empleado como profesor en la escuela de Santa Genoveva.

En 1861 fué á seguir en Laval durante cuatro años el curso de teología.

Fué entonces llamado de nuevo, como director de congregacion y profesor, en Santa-Genoveva.

En 1870, hizo en Laon el tercer año de probacion.

En fin, despues de haber contribuido brillantemente al servicio de nuestra gran ambulancia del colegio de Vaugirard durante el sitio de París, hizo los votos de profeso el 19 de marzo de 1871, en la capilla de la escuela de Santa Genoveva. Iba bien pronto á sellarlos con su sangre.

El P. Juan CAUBERT nació en París el 20 de julio de 1811. Despues de haber cursado de una manera distinguida, todas las clases en el colegio de Luis el Grande, estudió derecho y tres años de prácticas, y ejerció durante siete años la carrera de abogado en los tribunales de París.

Admitido en la Compañía por el R. P. Rubillon, provincial, el 10 de julio de 1845, hizo el noviciado en Saint-Acheul y pronunció sus primeros votos en Brugelette el 31 de julio de 1847.

Consagró enseguida un año á repasar la filosofía y otros tres á estudiar la teología.

A partir de esta época, estuvo constantemente empleado en diversas casas como ministro, procurador y confesor: en el gran Seminario de Blois tres años, en la escuela de santa Geno-

veva siete años, en la casa de la calle de Sèvres diez años.

Habia hecho el tercer año de probacion en Nuestra Señora de Liesse en 1853, y los últimos votos, el 15 de agosto de 1855, en la capilla de santa Genoveva. Humilde y modesto durante su vida, ha sido magnánimo en su muerte.

El P. Anatolio de BENGY nació en Bourges el 19 de setiembre de 1824. Discípulo durante nueve años de nuestro colegio de Brugelette, y recibido en la Compañía en Roma por el Rmo. Padre General, Juan Roothaan, de santa memoria, principió su noviciado en san Andrés del Quirinal y lo concluyó en Issenheim en el Alto-Rhin.

Enviado á Brugelette, hizo allí sus primeros votos el 13 de noviembre de 1845.

Después de un año consagrado á repasar la retórica, permaneció todavía tres años en el mismo colegio, ya como profesor, ya como vigilante.

En 1851, principió el curso de teología en Laval; hizo en 1855 el tercer año de probacion en Nuestra Señora de Liesse y sus últimos votos en Vannes el 2 de febrero de 1858.

Empleado durante seis años, con diversos títulos en varios de nuestros colegios, se dedicaba desde 1863 al santo ministerio en nuestras residencias.

En 1856, con varios de sus hermanos, formó parte de la expedición de Crimea, en calidad de cura castrense.

En fin había solicitado y obtenido el mismo favor en 1870, y durante el sitio de París se consagró al servicio de las ambulancias volantes en los arrabales. Soldado él mismo, no ha merecido acaso el fin de los bravos?

PRELIMINARES.

Antes y durante todos nuestros desastres de 1870, los signos precursores no habian faltado á la catástrofe de 1871, y se puede decir que era presentida, como habia sido preparada desde largo tiempo. Sea de ello lo que fuere, está en nuestras tradiciones el no retroceder delante del miedo y ceder solamente á la fuerza. En consecuencia y á despecho de todos los pronósticos amenazadores, se resolvió, inmediatamente después de la conclusion del armisticio, activar los preparativos para volver abrir en la mas breve dilacion la escuela de santa Genoveva y el colegio de Vaugirard. Durante el sitio de París, y hasta desde el principio de la guerra con Prusia, estos dos establecimientos habian sido espontáneamente ofrecidos á la intendencia militar y trasformados en ambulancias permanentes, en donde habian sido sostenidos y cuidados centenares de enfermos y heridos; todas las economías de ambas casas se habian consumido en esta buena obra, cristiana y patriótica. Era pues indispensable ahora sanear á toda prisa el local y restaurar una buena parte del mobiliario.

La nueva apertura del colegio de Vaugirard quedó fijada para el 9 del mes de marzo, y en el dia indicado, cerca de doscientos alumnos habian ya acudido al llamamiento. Pues

bien! á esta sola circunstancia, tan accidental, segun se ve, es debida la salvacion de toda la casa. En efecto la revolucion, de dia en dia mas amenazadora, habiendo estallado al fin el 18 de marzo, el P. Rector, mas inquieto todavía por los niños que por los Padres, se apresuró á hacer marchar á todo el mundo, profesores y alumnos á la casa de campo del colegio, situada en los Molinillos entre Issy y Meudon. Pero muy pronto fué necesaria una nueva traslacion, aun mas precipitada. El domingo de Ramos, 2 de abril se rompieron las hostilidades entre Versailles y París; los Molinillos, situados precisamente en la estrecha zona que separa las líneas beligerantes, se encuentran cogidos entre dos fuegos; toda la familia fugitiva por segunda vez, se replegó primero sobre Versailles y se retiró por fin á Saint-Germain-en-Laye. El colegio de Vaugirard que quedó desierto, fué invadido, ocupado, saqueado en medio de las mas innobles orgías; pero allí á lo menos, si se encontró alguna cosa que robar, no se encontró á nadie que prender.

En la escuela de Santa Genoveva se habia necesitado mas tiempo para reparar las averías del sitio, y los alumnos no habian podido ser convocados sino para el 21 de marzo. Pero, la insurreccion que sobrevino en el intervalo exigió nuevos retardos; se expidió pues inmediatamente una contra órden en todas direcciones, y se advirtió á las familias que esperaran nuevo aviso. Sin embargo el P. Ducoudray hizo marchar sin dilacion á cuatro de nuestros Padres; uno para tratar de negociar un empréstito en Inglaterra ó en Bélgica, á fin de hacer frente á las extremas necesidades del momento; los otros tres para buscar por todas partes en las afueras un abrigo seguro para su escuela proscrita.

No habiendo dado resultado ninguna de estas negociaciones, hubo que limitarse á un último plan de mas fácil y menos costosa ejecucion, y los alumnos fueron definitivamente convocados para el 12 de abril en la Casa de campo de la escuela, situada en Athis-Mons, en el ferro-carril de Orleans, á 20 kilómetros de París. Toda la comunidad, con el ministro á la cabeza se estableció allá sobre la marcha; el mismo P. Rector se quedó todavía un poco en París, para presidir la última operacion de la mudanza. El 3 de abril, debia reunirse con los suyos, cuando Dios lo detuvo y la Commune tambien.

En la calle de Sèvres, se habian tomado igualmente todas las medidas que la prudencia parecia sugerir, dejando el resto á la Providencia. Así primeramente habia parecido bien el no conservar en París mas que á un pequeño número de los nuestros, los hombres á la par necesarios y voluntarios. Algunos fueron pues enviados á provincias, los otros permanecieron dispersos en la ingrata capital.

En cuanto á mí, el 20 de marzo por la tarde, hube de abandonar la calle de Sèvres con el pequeño personal y material administrativo, para ir á habitar en un barrio mas tranquilo, al abrigo de una caridad desinteresada. En este asilo es donde vino á encontrarme el P. Olivaint, el 26 de marzo; insistió para obtener mi salida de París ya casi sitiado: de tardar un poco mas las comunicaciones iban á ser cortadas; los ferro-carriles no tomaban ya equipajes, y muy pronto sin duda no tomarian ni aun viajeros. ¿Podiamos preveer que esta entrevista seria la última? ¡Y era él quien se esponia, hasta se perdia, queriendo salvarme! El 28 de marzo, antes de marchar, me dirigí todavía una vez mas, á través de las barricadas, los cañones y la

multitud armada, á la escuela de Santa Genoveva. Vi, para no volverle á ver al P. Ducoudray, y juntos tomamos algunas medidas que debian quedar sin objeto.

Aquel mismo dia, fuí á fijarme, por un tiempo bien indeterminado, en nuestra casa de Versailles, á distancia y sin embargo próxima; bastante lejos para tener las comunicaciones libres con la provincia, y bastante cerca para tenerlas fáciles y rápidas con París. Todos los dias en efecto, y á menudo varias veces al dia á través del hierro y el fuego, recibíamos mensajes ó mensajeros. Allí es donde hemos esperado el desenlace, medidos desde el principio hasta el fin entre el temor y la esperanza. Y sin embargo, recogia de antemano todos los documentos contenidos en esta recopilacion, con yo no sé que presentimiento que conservaba reliquias.

Despues de todas estas separaciones sucesivas, el P. Olivaint no tenia ya junto á sí, en la calle de Sèvres, mas que el P. Alejo Lefebvre, que debia desarmar hasta los verdugos, y algunos hermanos coadjutores llenos de abnegacion y á prueba de miedo. Un Hermano muy jóven, Juan Rethoré, que se estaba muriendo, consumido en el servicio de nuestra ambulancia de la calle de Sèvres, habia sido traslado á tiempo á casa de los buenos Hermanos de San Juan de Dios, calle Oudinot.

En cuanto á nuestra residencia de San José de los Alemanes, calle Lafayette, iba á quedar á salvo, protegida sobre la tierra como en el cielo. Primeramente una buena parte de la comunidad, de origen aleman, habia debido abandonar á Francia, al principio mismo de la guerra con Alemania. A mas, la casa se encontró naturalmente colocada bajo el protectorado del ministro de los Estados-Unidos, encargado por Prusia de velar por los

intereses de sus nacionales en París. En fin la modesta mision tenia la reputacion merecida de ser muy pobre: era esto un despreciable incentivo para los sabuesos de la Commune.

Tal era en el momento fatal, el estado de las personas y de las cosas en nuestras diversas casas de París. Ciertamente nadie podia adivinar todavia cuales eran, entre el número, las víctimas predestinadas. A la verdad hay aquí todo un misterio y este es el caso de repetir la exclamacion del apóstol: *O altitudo!* Así por una parte, segun nuestros cálculos y nuestras medidas, los que han sido realmente elegidos para el sacrificio no debian ser llamados á él porque á la hora misma de su arresto, debian encontrarse fuera de alcance. Por otra parte no es ni la preparacion del corazon, ni aun la ocasion lo que ha faltado á los que sobreviven. Por ejemplo, uno de estos últimos me pedia permiso para permanecer en París, al servicio de las almas abandonadas y en peligro: « Aun que decidido á permanecer en mi puesto, me escribia el 16 de abril, lo sacrificaré todo á uno de vuestros deseos, pero me parece que soy un poco útil..... Despues, encuentro tan dulce el abandonarme entre las manos adorables de Nuestro Señor! No ver mas que á él, ni tener mas que á él, no depender sino de él, no confiarse mas que en él, esto es el cielo anticipado. Tengo en el fondo del corazon una *alleluia* que resuena continuamente; porque seria bien deplorable que acontecimientos exteriores cualesquiera que puedan ser, nos hiciesen perder la gracia del tiempo pascual. Es una magnífica ocasion de adquirir el gozo espiritual, virtud tan importante para marchar á grandes pasos en el camino que conduce á JESUS, nuestro amor: y la honrada gente de la Commune me parecen instrumentos visiblemente escogidos para hacérnosla adquirir.

Así pues, que vuestro corazón tan tierno no tenga por mí inquietud alguna; me hallo mecido dulcemente por Nuestro Señor y no deseo otra cosa más.»

Otro, el 14 de abril, me daba las gracias en estos términos por haberlo sostenido en París: «No podré jamás deciros bastante cuan reconocido estoy á la bondad que teneis en dejarme aquí el último. Tendré quizás que sufrir, tendré quizás la felicidad de morir por el nombre de JESUS, y por consiguiente de ir al cielo, de arrebatarlo en cierto modo, sin haber hecho jamás nada bueno para merecerlo. Cuantas gracias os doy, Padre mio! Estad bien seguro sin embargo que no quiero cometer imprudencia alguna. Bendecidme y rogad por mí: y si Dios bondadoso me concede la gracia de morir en cierto modo mártir, en la Compañía, como se lo he pedido todos los días desde hace más de treinta y cinco años, estad muy contento, no dejaré de rogar por vos en el cielo que os deberé. No me atrevo á decir que tengo el presentimiento de ello, pero sí el mayor deseo.»

Pero está escrito en el Santo Evangelio: *Unus assumetur et alter reliquetur.*

Uno será cogido y otro dejado. Que el Señor sea por ellos dos veces bendito!

LOS ARRESTOS.



Acababa de empezar la semana santa; era una hora bien propicia para entrar en el via-crucis.

El primer golpe alcanzó á la escuela de santa Genoveva. Desde el lunes santo, 3 de abril, el P. Ducoudray me escribió: «A las grandes pruebas de la situación, Dios bondadoso añade la prueba más íntima. El P. de Poulpiquet ha entregado esta mañana su alma á Dios. Ayer por la mañana, parecía que no había todavía ningún peligro próximo. Ayer por la tarde hacía las seis, la situación se hizo más alarmante. He viaticado al buen Padre esta noche á las tres y media y le he aplicado la indulgencia de la buena muerte. He recibido su último suspiro á las ocho y cuarto. Este buen padre ha ido al cielo, recompensa de su vida tan edificante. Es una gran pérdida para nuestra casa.

«He aquí nuevas dificultades, un decreto dado esta mañana por la Commune:

Confiscación de los bienes muebles é inmuebles pertenecientes á las congregaciones religiosas.

He decidido con los PP. Billot y de Guilhermy como se había de contestar á la visita que puede llegarnos de un momento á otro.

A la voluntad de Dios!•

Esta muerte inesperada del P. de Poulpiquet retuvo al P. Ducoudray en París, un día mas, ah! un día de mas. Ella condujo allí hasta á varios de nuestros Padres, que se habian trasladado ya á Athis, para asistir á los funerales que debian tener lugar al día siguiente, 4 de abril. Todos iban á quedarse allí en condiciones que no habian previsto.

Durante la noche del lunes al martes santo, 4 de abril, entre las doce y la una de la noche, la escuela fué de pronto cercada por un batallón de guardias nacionales, todos armados hasta los dientes. La calle Lhomond, la calle de Ulm, el pasaje de las Viñas, el almacén en el fondo del jardín, todo quedó custodiado. Se llama á golpes redoblados á la puerta del número 18. El Hermano portero se levanta al momento y va á decir que las llaves están segun costumbre, depositadas en el cuarto del P. Rector, pero que va á buscarlas para abrir. Enseguida de esta respuesta, sin embargo de ser tan sencilla y natural, la impaciencia se convierte en furor; la corneta, á guisa de intimación, resuena tres veces á rápidos intervalos; una descarga general sobre todas las ventanas de la calle Lhomond arroja la alarma en todo el barrio; se amenaza con ir á buscar, á algunos pasos de allí, cañones y ametralladoras puestos en batería en la plaza del Pantheon. Por fin las puertas se abren, se presenta el P. Rector y, con perfecta calma, quiere hacer algunas observaciones en nombre del derecho comun y de la libertad individual. Pero la hora de estas reclamaciones estaba ya bien lejana! El comandante, revolver en mano, manifiesta, por toda contestación, al P. Ducoudray que le constituye prisionero y que ocupa la casa, á fin de llevarse las armas y municiones que ella oculta. Allí, como en todas partes, en el fondo

lo que se queria sobre todo era la caja. «Lo que nos hace falta, habia dicho un miembro de la Commune, es dinero.» Pero á la verdad, sobre todo despues de los gastos del sitio se llegaba en mala ocasion.

Sin embargo todo el mundo estaba en pié en la casa: se iba y venia al azar y cada cual segun su instinto. Pero ante todo, un sacerdote corrió á una capilla interior en donde, por precaucion, se habia retirado el santísimo Sacramento y se apresuraba á sustraerlo á las profanaciones.

Los enviados de la Commune eran en número y en fuerza suficiente para proceder á varias operaciones á la vez. Primeramente se estableció un cuerpo de guardia en el patio de entrada, y se colocaron centinelas en los corredores y patios, en todas las salidas, y en fin á lo largo de todos los muros al rededor del jardín. Se echó mano enseguida á todos los nuestros que se pudo encontrar, Padres y Hermanos, y hasta sobre los criados de la escuela. A medida que se les arrestaba, se les conducia al cuerpo de guardia en el patio de entrada y allí se les hacia sentar. Solamente al cabo de dos largas horas, se les permitió entrar en los pequeños recibidores que dan al patio, á fin de aguardar que se hubiese decidido sobre su suerte.

Al propio tiempo se visitaba y registraba toda la casa. El mismo P. Rector tuvo que conducir á todas partes al comandante con su escolta. La pesquisa fué muy larga y muy minuciosa, sin el resultado esperado, ó al menos deseado: como era de razon no se encontró absolutamente lo que se buscaba: ningun arma y bien poco dinero. Por lo demás, el P. Ducoudray, sin desmentirse un solo instante, contestaba con tanta sangre fria, dignidad y cortesía, que los guardianes admirados se de-

cian: « Qué hombre! y qué energía de carácter! » En fin, despues de tres penosas horas, se condujo al mismo al patio; pero desde este primer momento, se le separó de sus hermanos, y se le puso aparte en un pequeño vestibulo de la capilla, frente á los recibidores.

Es casi supérfluo añadir que el saqueo de la casa empezó casi inmediatamente, acelerado y completado al otro dia y los siguientes por bandadas de mugeres y de niños. Por una felicidad completamente providencial, la biblioteca y el gabinete de física fueron, los únicos, proximately respetados.

A las cinco de la mañana la corneta toca llamada; esta es la señal del desfile y de la marcha para la Prefectura de policía. Los prisioneros fueron colocados entre dos filas de guardias nacionales, el P. Rector á la cabeza, á pequeña distancia de todos los demás, detrás de él seguian los PP. Fernando Billot, Emilio Chauveau, Alejo Clerc, Anatolio de Bengy, Juan Bellanger, Teodoro de Régnon y Juan Tanguy, los hermanos Benito Darras, Gabriel Dédébat, Renato Piton, Pedro Le Falhier y siete criados.

Cerca del puente de san Miguel, hácia la entrada de la Cité, el P. Ducoudray se volvió y con aire radiante dijo al padre Chauveau que se encontraba mas cerca de él: « Pues bien! *Ibant gaudentes* (1) no es verdad? — « Qué os ha dicho? » preguntan á este último los guardias inquietos. El les repite la frase sospechosa. Sabe Dios lo que podian comprender de ella!

Llegando á la Prefectura de policía, las cornetas resuenan por los aires para anunciar el feliz resultado de la expedicion y la rica captura que se ha hecho. Los prisioneros tienen que atravesar

(1) *Ibant gaudentes quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Act. v. 41. Iban gozosos de haber sido juzgados dignos de ser ultrajados por el nombre de JESUCRISTO.

grupos numerosos de guardias nacionales, en medio de las risotadas y de la gritería general. A su entrada, un gefe de batallón, llamado Garreau, jóven todavía y de semblante bastante dulce, los acoge con estas palabras que no lo eran nada: « Por qué me conducís á estos canallas? Por qué no los habeis fusilado en el momento? »

— Despacito! contestó un guardia nacional, es preciso proceder con calma, de otro modo vos podriais serlo primero que los demás.»

Entran entonces en el gabinete de este mismo gefe de batallón, el cual, revolver en mano, pidió primero al Director.

El P. Ducoudray se adelanta y contesta: « Hème aqui.»

« — Teneis armas en vuestra casa, lo sé.

« — No, señor.

« — Lo sé de buena tinta.

« — Si las hay, es contra mi conocimiento.

« — Teneis una voluntad de hierro. Irémos á verlo juntos, y si no las encontramos, no volveréis aqui. Por lo demás habeis cometido muchos crímenes... »

Aquí empezó toda una enumeracion de maldades: envenenamiento de enfermos y heridos en la ambulancia, perversion de la juventud, complicidad con el *infame* gobierno de Versalles.— El P. Ducoudray se acordó que Jesus se callaba, cuando era acusado, *Jesus autem tacebat*, y como su adorado Maestro, verdadero discípulo, permaneció silencioso é impasible.

Entonces el ciudadano Garreau, pasando de pronto de la violencia á la ironía, se dirige á sus satélites: « Estos señores se daban buena vida, mientras que nosotros nos moriamos de hambre! Hoy los papeles se han trocado. Y desde luego, estos

caballeros deben estar fatigados, hemos perturbado su sueño; vais á darles colchones de muelles.»

— «Sí, sí, rellenos de huesos de melocoton», exclamó un guardia nacional, sin duda para hacer coro á su gefe.

«En cuanto á vos, añadió este último dirigiéndose al padre Ducoudray, voy á poner os fuertes notas en el registro carcelario.

Queda formada la lista de prisioneros. Llegada la vez al P. de Bengy: «¡Anatolio de Bengy! exclama el noble Garreau, está bien, hé aquí un nombre á propósito para haceros cortar la cabeza.» — «Oh! confío, contestó el padre, sin conmoverse, que no me la haréis cortar á causa de mi nombre.

«— Y cuál es vuestra edad?

«— Cuarenta y siete años.

«— Ya habeis vivido bastante!»

Sin mas formalidades, los acusados son conducidos con buena escolta por el ciudadano Garreau. El P. Rector es encerrado solo é incomunicado en una celda de la Conserjería. Todos los demás son conducidos á la cárcel del depósito en una sala comunmente destinada hasta entonces á las mujeres perdidas que la policía recoje durante la noche sobre los arroyos de la capital. Había allí unos treinta detenidos y cada dia veia aumentarse el número.

Tendrémos que volver muy pronto á la Conserjería, pero á fin de seguir el orden de los tiempos y de los hechos, volvamos á pasar un instante por la calle Lhomond, y por la noche del mismo dia nos detendrémos un poco mas en la calle de Sévres.

Tres de los nuestros habian quedado todavía en la casa de Santa-Genoveva.

En medio del horrible tumulto de la noche anterior, como cada cual seguia su propio consejo, el P. Elesban de Guilhermy, tuvo la felicísima inspiracion de bajar al jardin. Allí, en medio de un plantío de arbustos de escaso follaje todavía y completamente trasparente, ya en pié, ya sentado ó recostado, se contenta con aguardar durante largas horas y estar dispuesto á todo. Los hombres armados van y vienen en todos sentidos pasan y vuelven á pasar junto á él, y nadie le vé. Llegada por fin la claridad completa, habiendo el corneta tocado llamada, el padre sale tranquilamente de su madriguera nocturna y se va recto al cuarto del hermano coadjutor, Jorge Merlin, desde hácia mucho tiempo gravemente enfermo y completamente sepultado en el lecho. Se instala á su cabecera llenando las funciones de enfermero, y mas tarde se le reúne el hermano Juan Bautista Margerie, enfermero de la escuela, que ha encontrado tambien el medio de escapar á las pesquisas de la noche. Pero, por una excepcion bastante estraña, el hecho consumado fué como un derecho adquirido, los tres últimos huéspedes de la casa fueron sin duda declarados en estado de arresto y guardados de vista en adelante; sin embargo el cuarto de un enfermo pudo parecerles durante dos meses una prision comparativamente mitigada.

La jornada del 4 de abril iba á terminarse en la calle de Sévres. Esta escena nocturna, menos ruidosa que la de la mañana, debia tambien ser fatal en sus consecuencias. El P. Olivaint no dejaba de estar bien advertido del golpe que le amenazaba, pero Dios sin duda le inspiró el pensamiento de aguardar; esperó á pié firme. Muchas veces habian ido á avisarle oficiosamente, y hasta, segun se asegura, de parte de un miembro

de la Commune, de todo lo que se preparaba para la noche. Poco antes de mediodía, á una persona amiga que le suplicaba que se alejara, se contentó con responder: «Qué quereis? Soy como el capitán de un buque, que debe quedarse el último á bordo. He puesto ya en seguridad á todos los míos; solo el padre Lefebvre no quiere abandonarme y algunos hermanos guardan con nosotros la casa. Despues de todo, si somos cogidos hoy, no tendré más que un solo pesar, es que sea el mártir y no el viérnes santo.»

La misma persona volvió á la carga hácia las seis de la tarde, todavía más alarmada y más solícita que por la mañana; según informes que parecían demasiado ciertos, la temible visita debía tener lugar entre las siete y las ocho. — «Vamos! Por qué os inquietais, hijo mio? le contestó por última vez el Padre Olivaint; el mejor acto de caridad que podemos hacer, no es acaso dar nuestra vida por el amor de JESUCRISTO?» Sin embargo, como se le fué anunciar que en aquel mismo instante se hacia la visita en la casa de los Lazaristas, envió uno de los hermanos para asegurarse de ello. El hecho era cierto. En cuanto á él se puso tranquilamente á rezar su breviario en el corredor de la planta baja, frente á la puerta de entrada. Acertando á pasar un amigo: «Aguardo,» le dijo todavía, estrechándole la mano.

En fin, á la hora ordinaria de la colacion de cuaresma, á las siete y cuarto, diríjense al refetorio, cuando de pronto llega el hermano portero: el delegado de la Commune estaba allí, á la cabeza de una compañía de guardias nacionales. La consigna dada al portero era retenerlos en el vestibulo ó en los recibidores hasta que el mismo Superior llegase, y el Hermano Francisco

Gauthier supo observarla bien, á pesar de la impaciencia y de las amenazas de los visitantes. Habia algo mucho más importante y que corría más prisa que ir á hacer los honores á los embajadores armados de la Commune, era el salvar el único tesoro de la casa, Nuestro Señor y Dueño, JESUS. Previendo lo que iba á llegar, se habia tenido cuidado por la mañana de consumir todas las santas formas, reservando dos solamente. Se podia pasar todo un día sin la presencia real? Los dos Padres se lanzan hácia su cuarto; cada uno de ellos tenia su viático completamente preparado. El P. Lefebvre volvió el primero, seguido muy pronto por el P. Olivaint. El ciudadano Goupil, despues de haber hecho sonar bien alto su nombre y su título de enviado oficial de la Commune, notifica el objeto de su misión, que es buscar las armas y otros objetos ocultados todavía por los Jesuitas; y casi al momento, alegando graves y urgentes negocios, se hace sustituir por un ciudadano Lagrange que debía reemplazarle dignamente. En efecto, para tener una justa idea del orgullo impío y de la grosera insolencia de estos funcionarios de la Commune, es preciso haberlos visto y oído. El ciudadano Lagrange ordena así su expedición: unos cincuenta guardias nacionales vigilarán todas las salidas; el resto en número próximamente igual, formarán escolta durante la inspección y dos centinelas deberán permanecer á la puerta de las salas á medida que habrán sido visitadas. El P. Olivaint, por su parte, dispuso su pequeño personal. Los hermanos Pedro Bouillé y Carlos Jaouén acompañarán á los guardias nacionales que ocupaban la entrada y los alrededores de la casa. Mientras se procedía á las pesquisas, marchaban al frente de los visitantes el hermano Francisco Gauthier, cargado con un manajo de llaves, y el her-

mano Francisco Guégan, sacristan, llevando una antorcha. Este último había propuesto el encender todos los mecheros de gas, pero por toda respuesta, se le amenazó con fusilarle, bajo pretesto que trataba de evadirse, ó bien ocultar algún objeto precioso á las investigaciones de la Commune. El registro á fondo duró mas de tres horas; á la verdad, pareció no divertir mas que medianamente á los que lo hacian; por lo mismo que no reportaba ni aun lo que costaba; sin duda tenia todavía menos encantos para aquellos que lo sufrían. El ciudadano Lagrange y su segundo, que tenia todas las trazas de un trasfuga de seminario, hablaban mucho, tan pronto con violencia, tan pronto con ironía; el P. Olivaint permanecía calmado en sus respuestas y se mostraba lleno de reserva.

Pero vino en fin el instante crítico. En el cuarto del P. procurador, se ha descubierto la caja de la casa. A su vista: «Abrid pronto, gritan, en dónde está la llave?» — «No la tengo ni se encuentra aquí, contesta el P. Olivaint. El P. procurador ausente la ha cogido y llevado consigo.» — Se encolerizan entonces y se desenfrenan. A toda costa es necesario dinero; se obliga pues al hermano Guégan á ir, escoltado por tres guardias nacionales arma al brazo, á buscar al P. Procurador á su retiro y conducirlo muerto ó vivo. El P. Caubert llega en efecto, abre la caja, estaba vacía. En vano se esfuerza este en explicar y motivar el hecho: desde el principio del sitio de Paris, había supresion de entradas y aumento de gastos: el sostenimiento absolutamente gratuito de una numerosa ambulancia había agotado todos los últimos recursos, y desde hacía mucho tiempo no se vivía mas que de prestado. No importa, el ciudadano Lagrange no atiende á nada: Somos robados, es-

clama; pues bien! en nombre de la Commune, el Superior y el administrador son mis prisioneros; marchemos á la Prefectura de policía.» El P. Lefebvre pide suplicando una gracia, la de ser conducido con sus hermanos: «No, no, se le contesta, permaneced aquí y guardad esta casa en nombre de la Commune....» En el hecho, la sentencia del ciudadano Lagrange ha venido á ser profética, y la casa guardada por el P. Lefebvre se ha salvado con él.

Eran cerca de las once y media de la noche cuando los dos prisioneros partieron para no volver. En vano se había buscado un carruaje para el largo trayecto.

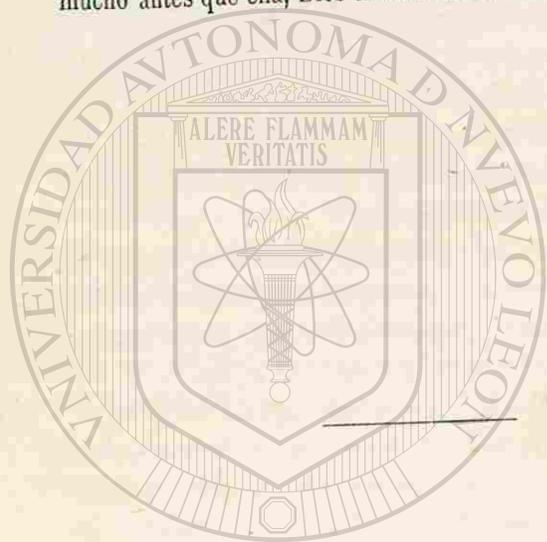
En la calle, una multitud bastante numerosa aguardaba en la puerta: El P. Olivaint no pareció observar al pasar mas que un solo grupo de rostros amigos y compasivos; saludó sonriendo, como si dijera: *No lloreis por mí!*

El ciudadano Lagrange, con su compañía, se fué al barrio de la plaza Vendôme, tan fiero con sus proezas de la noche como si hubiese batido á los versalleses. Un piquete solamente de hombres armados condujo los prisioneros á la Prefectura de policía, y allí, en lugar de ser reunidos con los demás en la sala comun del depósito, fueron inmediatamente incomunicados en las celdas de la Conserjería.

El P. Lefebvre me hizo llegar este billete á Versailles: «Los PP. Olivaint y Caubert, presos. No se me ha querido absolutamente, y quedo solo en casa con el hermano Bouillé, á Dios gracias, sin miedo. Los demás están dispersos y vienen de vez en cuando á verme. Coloco el Santo Sacramento en la tribuna, junto á mi cuarto, y cuando vengan, sumiré las sagradas hostias. La iglesia se cerrará, se prende á los curas; Monseñor

está también en la Prefectura de policía; son rehenes, según me han dicho. Rogad, rogad por mí, Padre mío; oh! cuán feliz sería en dar la vida por nuestro Señor.»

No: la Commune había designado ya sus víctimas; ó mejor, mucho antes que ella, Dios mismo había escogido sus mártires.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CONSERJERÍA.

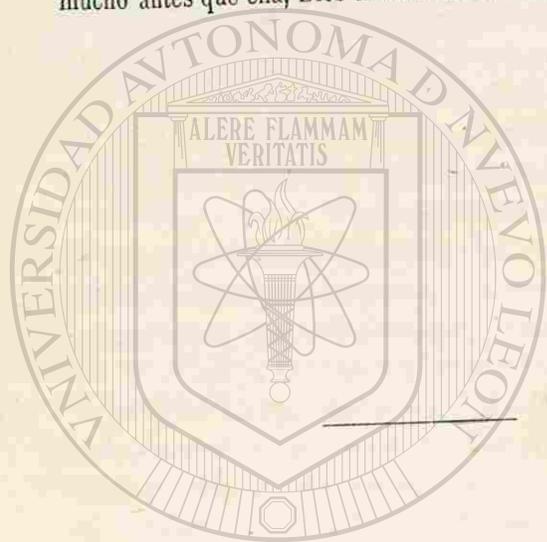
En adelante va á circunscribirse necesariamente nuestra narración. Hasta aquí hemos debido seguir las diversas escenas y pasar de una casa á otra; ahora no tendremos por teatro más que una cárcel y un calabozo.

Nos ha sido también preciso juntar á los nombres de las víctimas los de algunos de sus hermanos, porque su suerte se hallaba confundida todavía. Pero la elección está hecha, la separación consumada y no tenemos más que sostenernos en el cuadro trazado por la Commune.

La Conserjería fué pues la primera estación en la vía dolorosa. El P. Ducoudray lo había de antemano todo previsto y aceptado. El príncipe R. de Broglie nos escribía el 4 de junio: «En mi vida, olvidaré la visita que le hice el 19 de marzo, su benévola acogida y su paternal interés por mi sobrino. En esta entrevista, el Reverendo Padre me pronosticó todo lo que ha sucedido: «antes de poco, me dijo, serán cerradas nuestras iglesias, devastadas nuestras casas, arrestadas nuestras personas, y Dios sabe quien volverá á encontrar su libertad. Los actos que van á producirse tendrán un carácter particular de odio contra Dios, y lo que es bien triste de decir por un sacerdote, no hay otro argumento con los desgraciados que son dueños de París, más que el cañon: he ahí siete meses que vivo en medio

está también en la Prefectura de policía; son rehenes, según me han dicho. Rogad, rogad por mí, Padre mío; oh! cuán feliz sería en dar la vida por nuestro Señor.»

No: la Commune había designado ya sus víctimas; ó mejor, mucho antes que ella, Dios mismo había escogido sus mártires.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CONSERJERÍA.

En adelante va á circunscribirse necesariamente nuestra narración. Hasta aquí hemos debido seguir las diversas escenas y pasar de una casa á otra; ahora no tendremos por teatro mas que una cárcel y un calabozo.

Nos ha sido también preciso juntar á los nombres de las víctimas los de algunos de sus hermanos, porque su suerte se hallaba confundida todavía. Pero la elección está hecha, la separación consumada y no tenemos mas que sostenernos en el cuadro trazado por la Commune.

La Conserjería fué pues la primera estación en la vía dolorosa. El P. Ducoudray lo había de antemano todo previsto y aceptado. El príncipe R. de Broglie nos escribía el 4 de junio: «En mi vida, olvidaré la visita que le hice el 19 de marzo, su benévola acogida y su paternal interés por mi sobrino. En esta entrevista, el Reverendo Padre me pronosticó todo lo que ha sucedido: «antes de poco, me dijo, serán cerradas nuestras iglesias, devastadas nuestras casas, arrestadas nuestras personas, y Dios sabe quien volverá á encontrar su libertad. Los actos que van á producirse tendrán un carácter particular de odio contra Dios, y lo que es bien triste de decir por un sacerdote, no hay otro argumento con los desgraciados que son dueños de París, mas que el cañon: he ahí siete meses que vivo en medio

de estos hombres, y no he encontrado todavía un corazón ó una alma honrada.»

El Sr. conde de Beaumont escribía también el 31 de mayo: «No puedo acostumbrarme á la idea de no volver á ver á ese buen P. Ducoudray, por el cual habría dado mi vida; conservo preciosamente su última carta, escrita muy poco antes de su prisión y en la cual me decía textualmente: «Vivimos en un tiempo en que es más fácil saber morir que saber vivir.»

Desde el principio de su incomunicación, el Padre Ducoudray había pedido tener á uno de sus hermanos por compañero de cautiverio; hasta designó especialmente al P. Alejo Clerc, hombre excelente y santo religioso, de carácter el más placentero y del más generoso corazón. Este contestó con júbilo á la consigna que lo llamaba á la muerte.

El día siguiente, 5 de abril, el P. Ducoudray y el P. Clerc escribían cada cual por su parte, y en billetes que llevaban el refrendo y el sello del estado mayor de la plaza, pedían para los diez y nueve detenidos de Santa Genoveva que nada habían podido llevar consigo, algunos objetos de primera necesidad.

El jueves rano, 6 de abril, hubo un pequeño instante de gozo en la sala común, cuando se recibió de parte del P. Ducoudray, como un último recuerdo de su caridad, una copiosa provisión de ropa blanca y comestibles. Pero bien pronto sucedió á ella una verdadera consternación; el P. de Bengy es llamado para ser trasladado con otros prisioneros de la Conserjería á Mazas. A hora bastante avanzada de la noche, un carruaje celular, dividido en ocho compartimientos cuidadosamente cerrados y separados unos de otros, se llevaba, con Monseñor el arzobispo y el Sr. presidente Bonjean, á los PP. Ducoudray, Clerc y de Bengy. Pronto les seguiremos.

Felizmente para los detenidos de la Sala, en número todavía de diez y siete, sobrevino entonces en el Hôtel de Ville un momento de indulgencia, y á través de muchas peripecias que no son de mi incumbencia, fueron puestos en libertad el 12 de abril después de nueve días de cárcel.

Quedaron solamente en la Conserjería el P. Olivaint y el P. Caubert, ambos en los calabozos secretos, sin comunicación posible.

Ahora bien! desde este momento, creo á la verdad describir un episodio de las catacumbas. La Iglesia es siempre fecunda en almas generosas; pero en la persecución sobre todo es donde se descubre el fondo de los corazones; y si por una parte hay en los mártires una paciencia mayor que todos los dolores, hay en los cristianos una caridad más fuerte que la muerte misma.

Quedó organizado enseguida y funcionó sin interrupción hasta el fin un pequeño servicio de abastecimientos y circulación de correspondencias. Se llevaban provisiones tres veces por semana; según veremos se supo obrar mucho mejor todavía. Pero dejaremos en adelante á los cautivos hablarnos ellos mismos y revelarnos su alma, contándonos su vida. Desde el fondo de su calabozo, ellos solos pueden ser sus propios testigos. No tengo más que copiar las cartas cuyos autógrafos tengo á la vista.

El primero de estos mensajes es del P. Olivaint, fechado el 7 de abril, el viernes santo.

«Cuántas gracias os doy! pero dadlas conmigo á Nuestro Señor. Vela tan bien sobre los suyos, que no siento, á la verdad, ninguna necesidad. Aquí todo el mundo es muy bueno; pero nada más puedo deciros. Confianza, valor! Repitamos todavía y siempre: cuán bueno es el Señor!»

El 8 de abril, escribe el P. Caubert: «La confianza en Dios da fuerzas, y Nuestro Señor es el sosten de los que en él confían. Gracias por vuestras oraciones! Aprovecho este descanso forzoso para hacer mi retiro anual. No estarán demás algunas pequeñas provisiones, si es posible; sino, *fiat!* segun la voluntad de Dios! Nuestro Señor nos ha dado el ejemplo de sufrir.»

El mismo dia, el P. Clerc escribia desde Mazas á M. Julio Clerc, su hermano, una carta que consignamos aquí, para colocarla segun su fecha.

Despues de haberle pedido algunos libros de matemáticas y todos sus papeles abandonados en su cuarto en la Escuela, añade: «Me encuentro muy bien, estoy muy contento, y con esos libros, desafiare indefinidamente el fastidio; que no se ha presentado todavía.»

Tenemos tres cartas del 9 de abril, el santo dia de Pascua. Para un corazon cristiano, existen siempre y en todas partes las fiestas, hasta en la cárcel.

«Estoy seguro de adelantarme á vuestros deseos, dándoos noticias mias, escribe el P. Olivaint. Con un poco de imaginacion, me creeis muerto ó á lo menos bien desgraciado. Salid de vuestro error y tranquilizad á los que tuvieren la bondad de inquietarse por mí. Vais á encontrar que tengo un singular carácter; pero no estoy verdaderamente mal aquí. He empezado mi retiro al llegar; de este modo, vivo mucho mas en el corazon de Dios bondadoso que en mi pobre celda; engaño así á los lugares, los tiempos, los hombres y los acontecimientos; me aprovecho de todo y estoy muy contento. He hecho ya tres dias de retiro. Con tal de que se me dé tiempo de

concluir! Ah! qué he dicho? Es preciso retractar prontamente esta palabra; mucho mas deseo vivamente, para todos mis compañeros, que la prueba no dure ocho dias. Pero como concluirá? En qué punto de ella estamos? Qué pasa? Qué quieren de nosotros? De qué somos acusados? Nada sé de todo esto. Pues bien, en manos de la Providencia! Ni un solo cabello de mi cabeza caerá sin permiso del Señor, he ahí lo que sé perfectamente; y si hace caer el cabello, y aun otra cosa, será para mi mayor bien. Pero no soy digno de sufrir por él, á lo menos trate yo con el retiro de hacerme digno de ello...

«Ahora algunos encargos: primeramente procuradme un paseo en miniatura de un kilómetro, que pueda dar grandes paseos en mi cuarto, porque no hemos podido todavía poner el pie fuera. Si encontrais tambien aire condensado, como la leche á la inglesa, por la misma razon que permanecemos encerrados, os quedaria muy agradecido de su remesa. Heos ya, bien embarazado y afligido, estoy de ello seguro, viendo vuestra entrañable solicitud detenida por lo impracticable. Consolaos: las bromas os dicen bastante que en el fondo no tengo necesidad de nada.

«Gran privacion es el estar aquí por Pascuas. Pero paciencia! No dejemos por esto de cantar de buen corazon la *aleluya*. Confianza! Confianza!

El P. Caubert, por su parte, hacia pasar este billete fechado el mismo dia: «Gracias por vuestras provisiones! Es menos fácil el unirse á Dios, cuando se tiene próximamente todo lo necesario. El sacrificio ayuda mas que todo el resto á encontrar á Dios y no apoyarse mas que en él. Creo que el P. Olivaint va bastante bien, porque no nos vemos. Se tienen fuerzas cuando se pone la confianza en Dios y se abandona uno

á su Providencia completamente paternal. La moral sostiene al cuerpo. Lo experimento bien, desde que estoy cautivo por Nuestro Señor y no saliendo de mi encierro.»

En fin en Mazas, como en la Conserjería, se gozaba encadenado de las alegrías pascuales, y el P. Clerc dirigia á su hermano una carta que se refiere á este día :

• Mi querido Julio :

• *Hoy es la fiesta de las fiestas, la Pascua de los cristianos, el día que el Señor ha hecho !* No ha habido para nosotros misa que decir ni oír, pero ha habido el gozo y la paz en el Señor.

• Como tus remesas son mucho mas abundantes de lo que yo necesito, me queda demostrada tu intencion de venir en socorro de mis compañeros de cautiverio, y si soy feliz en expresarte mi reconocimiento por tu fraternal amistad, lo soy mucho mas en hacerlo por tu caridad; es la mas excelente de todas las virtudes, y que no será reemplazada por nada mas excelente, ni aun en el cielo. Y tambien, no solamente te doy las gracias, sino que te felicito, porque sé que Dios no te dejará sin recompensa por tu celo en subvenir á las necesidades de los que sufren por su nombre.

• Es para mí un nuevo y vivo consuelo el verte asociado á nuestra tribulacion. Estoy de ello no solamente contento y orgulloso por lo que á mí toca, si que tambien por ti; y espero que esta es para tí y los tuyos la primera de las gracias, en una série mas abundante que anteriormente, que Dios derramará sobre todos vosotros.

• No te inquietes mas por mí; pon tu familia en seguridad,

es lo que corre mas prisa. No tengo además ninguna necesidad de que darte conocimiento. Tengo ropa blanca suficiente y dinero para procurarme alimentos.

• Me disponia esta mañana á almorzar en el momento que llegó tu recado; he hecho honor á todo. Este encuentro tan oportuno es una de las mil delicadezas de la providencia de Nuestro Padre que está en los cielos. Bendito sea él, y el instrumento que ha escogido para hacerme llegar sus beneficios! No quiero pedir á la Prefectura el permiso de tener libros en mi cuarto, no por miedo de una negativa, ni para ahorrarme el reconocimiento, sino por mejores y mas altas razones. Por otra parte con la Biblia, tengo para alimentar mi alma mas tiempo del que estaré preso, aun cuando debiera morir aquí de vejez. Que Carlos, que me enseña á sufrir el mal con paciencia, quiera en fin aprender de mí el suportarlo con Nuestro Señor; encontraria el secreto de sufrir con gozo y con fruto.»

Aquí concluye la primera série de correspondencias que hemos podido recoger; á datar del 9 de abril, hay una interrupcion hasta el 17. A esta época sin embargo, se refieren todavia algunos detalles dignos de recuerdo.

Hé aquí primeramente un homenaje rendido al P. Olivaint, tan honroso seguramente para su autor, como para aquel á quien se dirige: el uno habia ejercido la caridad, el otro practicaba el reconocimiento.

Un día, vino un eclesiástico á encontrarme en Versalles:

• Soy el cura de Montmartre, me dijo, he venido aquí encargado de un mensaje de Mon. el arzobispo de París para el Gefe del poder ejecutivo. He visto á Mr. Thiers y tengo su respues-

ta: es negativa y sin duda me será fatal; pero no importa, he empeñado mi palabra al salir de París; debo y quiero rescatarla volviendo á entrar. Sin embargo, antes de partir, tengo una deuda que pagar. Yo mismo soy uno de los prisioneros de la Conserjería; pero como allí carecia de todo, el buen P. Olivaint, instruido de mi p nuria, tenia la caridad de hacerme participar de sus pequeños recursos. Tenia interés en darle las gracias, pero no es ya permitido el llegar hasta él y   lo menos he querido espresar s mi reconocimiento.» — Dicho esto, aquel digno sacerdote se pone de rodillas: «Padre mio, añade, dadme vuestra bendicion, parto como si fuera   la muerte.» Nos arrojamos llorando en los brazos uno de otro, y desapareció.

Sin embargo la Commune de Paris, esta vez al menos, se pic  de honor; y el nuevo Regulo,   su vuelta, fué puesto en libertad.

En fin el jueves 13 de abril, el último dia pasado en la Conserjeria fué marcado por un acontecimiento que borraba todos los demás. Despues de haber inquirido mucho, se concluyó por encontrar un camino seguro para hacer llegar á los dos cautivos, no solo un consuelo, sino al mismo Consolador. El Dios oculto se ocult  mas todavía; sin ser visto ni aun de los carcereros, entró, y la cárcel se convirtió en una *casa de Dios* y pareció como *la puerta del cielo*.

Era ya tiempo por otra parte de dar   los dos mártires el divino cordial. Algunas horas mas tarde, el P. Olivaint y el padre Caubert iban á juntarse con los tres que los habian precedido   Mazas, haciendo una última parada   mitad del camino de su calvario.

MAZAS.

La prision de Mazas, situada en el boulevard del mismo nombre, está construida, como es sabido, segun el sistema celular. A la puerta de la odiosa mansion, el movimiento se para y la vida misma se extingue; el aislamiento es allí completo, y los desgraciados detenidos son enterrados vivos. Desde el 13 de abril hasta el 22 de mayo, no tendrémos pues, mas que la monotonia del secreto. Y sin embargo, esta parte de nuestra recopilacion no es solamente la mas larga, sino segun mi parecer y sin comparacion, la mas íntima y la mas rica. Contiene pocos hechos, pero muchas cartas, y son nuestros cautivos mismos que, sin poder ponerse de acuerdo, nos han escrito el diario de su cautiverio. Despues de algunos dias solamente, las inteligencias habian sido reanudadas y las comunicaciones se encontraron establecidas con Mazas.

El P. Ducoudray abre esta segunda s rie por una carta en regla, en la cual da cuenta á su superior de la situacion y de sus disposiciones personales.

« Mi Reverendo y muy querido Padre provincial,
Pax Christi. »

« Trato de penetrar hasta vos... y si no es para hablaros *os ad os*,   lo menos para daros señales de vida, y deciros cuanto me urge el aproximarme mas   vos.

• Vos conocéis nuestra historia y sus tristezas..... aquí, paso mucho tiempo en orar y un poco en sufrir. El aislamiento, la separación, las incertidumbres, y sobre todo la privación de celebrar la santa misa, hasta de asistir á ella, es bien cruel!

• Ninguna comunicación posible *cum concaptivis meis*. Están ahí cerca de mí, en el mismo corredor; esto es todo lo que sé.

• Hé aquí la parte que la voluntad de Dios nos ha destinado. Por lo que á nosotros toca no tenemos mas que seguir el consejo del apóstol: *in omnibus exhibeamus nos metipsos, sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, ... in carceribus, in seditionibus, ... per gloriam, ignobilitatem, per infamiam et bonam famam.* (1)

• Sentir de muy cerca *improperium Christi*, no es una gran gracia?

• Rogad y haced rogar mucho..... un pequeño puesto, si os place, en cada *memento* de vuestras misas, y entonces *per orationes vestras spero me donari vobis.*

• Será esto muy pronto? Como mas agrade á Dios.

• En unión de nuestros santos sacrificios.

• *R^e V^e humillimus servus in X^{to} et addictissimus filius.*

« L. DUCOUDRAY. »

(1) Mostrémonos en todas las cosas ministros de Dios, por una gran paciencia en las tribulaciones, en las cárceles, en la gloria y en la ignominia, en la buena y en la mala reputación. (II Cor. VI, 4-8.)

El 17 de abril, el P. Olivaint escribió á uno de sus hermanos:

« Querido amigo: he recibido vuestra buena carta, la cual me ha causado gran placer. Dad atentamente las gracias en mi nombre á todas las personas que se interesan por mi suerte. Decidles que no hay para que compadecerme: salud bastante buena; ni un solo momento de fastidio en mi retiro que continuo hasta el fin; estoy en el décimo tercero día, en plena pasión de Nuestro Señor, que se muestra bien bueno para los que ensayan el sufrir algo con él. Seamos mas y mas con Dios. Nada sé de mis compañeros. Cuento con los libros que os he pedido. Afectos á todos. Vuestro de corazón. »

El 18 de abril, Mazas contó dos huéspedes mas, el P. Ives Bazin y el hermano coadjutor René Aurière. En el momento mismo en que iban á evadirse de París, son reconocidos en la estación del Norte por el ciudadano Le Moussu, comisario de policía, é inmediatamente arrestados. Consignados primero á la sala de asilo de Montmartre, despues conducidos á la Prefectura de policía, para ser allí interrogados, desde que se hubo probado que habitaban en el n.º 35 de la calle de Sèvres, fueron definitivamente encerrados en la prision de Mazas. He debido introducir aquí á ambos, á lo menos señalarlos en mi relación, puesto que han compartido el cautiverio de Mazas y hasta de la Roquette; pero como he hecho ya con sus hermanos encarcelados, despues libertados en la Conserjería, soy feliz en poder descartarlos tan pronto. La Commune los habia tambien condenado á muerte, pero esta sentencia no fué confirmada por el Cielo, y la Providencia misma borró sus nombres inscritos en la lista de las víctimas.

Tenemos del 19 de abril dos billetes del P. Olivaint.

« Gracias por vuestra carta, querido amigo. Muchos de mis billetes han debido evidentemente perderse. No he recibido de vos en la Prefectura mas que la *Doctrina del P. Lallemand*, á la cual se ha unido una *Imitacion*. Si habeis enviado otros libros, haceldos reclamar porque yo nada he recibido.

« No he oido decir que fuera prohibido aquí el recibir libros de afuera. Si es así, me someto á esto como á todo el resto: *voluntarie sacrificabo tibi*; si no, cuento con vos.

« Quisiera tener una Biblia latina, en caracteres bastante grandes, el comentario sobre los salmos de Bellarmino, nuestro pequeño *Thesaurus*.

« Nuestros guardianes son muy buenos. Tenemos paseo todos los días. No tengo un momento de fastidio: *no soy tan necio!* Décimo quinto dia de mi retiro.

« Algunas pequeñas miserias en la salud, que sentiría lo mismo en otra parte.

« *Ad majorem Dei gloriam.*

« Muchas cosas á todos.—Vuestro de corazon.»

El mismo dia el P. Olivaint dice á otra persona: « No habeis pues recibido mis cartas; confio en que esta llegará con felicidad hasta vos. Os doy gracias del fondo del corazon por vuestra caridad para con los pobres prisioneros. He aquí una obra que no habia comprendido lo bastante antes de estar preso. Pero cuán bien las practicais, casi diré demasiado bien!

« No, el tiempo no me parece tan largo. Continuo mi retiro, sin fatigarme.

« Me guardo bien de aburrirme con Dios bondadoso.

« En suma, salud buena, y corazon alegre.

« Mil gracias aun. Todo vuestro.»

El 20 de abril, el P. Olivaint insiste en tener los libros que ha pedido ya:

« Pueda esta esquila llegaros! Os lo suplico, mandadme los libros. He recibido hoy nuevas provisiones: dad las gracias en mi nombre. Pero los libros me serán muy agradables. Todo continua marchando bien *in Domino*.»

El P. Caubert hacia tambien algunas demandas el 21 de abril y añadia esta nota:

« Mi salud se sostiene bastante bien: paz y confianza.»

El 22 de abril, el P. Olivaint habia recibido los libros tan deseados, escribió por un lado: « Cuantas gracias os doy por los libros que he recibido ayer! Pero la Biblia no está completa. Esta tarde, queriendo preparar mi meditacion, me he encontrado chasqueado. Faltan los Profetas, lo mismo que los Evangelios. En cuanto podais me recomiendo á vos para obtener la continuacion.

« Nada nuevo en el pais que habitamos.— Todo va bien *in Domino*.»

Escribió por otro, siempre á este propósito:

« El Señor Director ha tenido la bondad de hacerme remitir los libros. Os estoy altamente reconocido de habérmelos enviado. Os doy gracias tambien por todo lo demás; pero á la verdad es quizás demasiado, tanto mas cuanto que no me es permitido, como de buena gana lo desearia, enviar algo á otros desgraciados, por los cuales nadie se interesa en este mundo.

« Estad persuadido que obraré con entera franqueza, y sabré perfectamente ó pedir os ó procurarme aquello de que pueda tener necesidad. Suceda lo que suceda, tengo empeño en

que se me encuentre dispuesto. En suma voy verdaderamente bien respecto al cuerpo, y en cuanto al espíritu, me parece que estoy haciendo un retiro lleno de bendición. *Deo gratias!*

« Dios os devolverá cuanto por nosotros haceis. »

Con esta misma fecha 22, el P. Clerc escribía también á su hermano: « Se oyó noche y día rugir el cañon, luego se están disputando los fuertes y continuamos, despues de los prusianos, el sitio de París; pero los prusianos hubieran tardado todavía largo tiempo antes de tomarlos á viva fuerza. Infero de aquí, y ya ves que mis datos no son numerosos, infero sin embargo que el sitio y mi detencion pueden no concluir mañana. Tengo seguramente para algunos dias con el libro que me has dado, pero desearia otro. »

Despues de haber indicado un cierto número de obras de matemáticas añade:

« En fin si puedes también procurarme la *Suma teológica* de santo Tomás, estaré provisto por largo tiempo. »

« En cuanto á alimentos y ropa blanca, no carezco de nada y la caridad de alguna buena alma provee á ello. »

« No me has contestado? Tu contestacion á mi última carta no me ha sido entregada? Nada sé. Se habla de la clausura de los conventos de monjas: la de Mazas no es de despreciar. »

« Te recomiendo sobre todo que no te comprometas en nada por mí, lo que te mando á pedir es lo supérfluo y no lo necesario. Así no vayas á hacerte prender por venir en mi auxilio; esto no serviria para nada, y tu no estás en las mismas condiciones que yo para tomarlo con paciencia. »

En fin el P. Caubert decia á la señora Lauras, su hermana:

« No te tomes la molestia de venir así todos los dias á saber noticias

mias, puesto que no te permiten verme. Es una caminata demasiado larga para tí. Una vez por semana sería muy suficiente. »

« Además mi salud se sostiene bastante bien y no tengo necesidad de nada en este momento. He escrito á una excelente señora que vaya á verte, para consolarte un poco con sus buenas palabras. — Orar y confiar! »

Al 23 de abril se refiere un incidente notable, al menos por su rareza, en la historia de Mazas. La comunicacion de los formidables calabozos fué de pronto aligerada para uno de los detenidos. Bien se recuerda, bajo el imperio de la Commune habia tanta anarquía como tiranía; los sistemas se suplantaban y los decretos se destruian, á medida que los personajes se devoraban unos á otros; tan pronto prevalecia un partido relativamente moderado, tan pronto un partido mas violento, hasta la hora inevitable de los furiosos, esta clase de hombres, me decia un soldado, *que han concluido de hacerlo bien*. Un intervalo de moderacion fué pues aprovechado.

Una persona apasionadamente adicta, una madre reconocida por la educacion dada á sus hijos, vá á encontrar un miembro de la Commune, al cual ha tenido ocasion de prestar un servicio, y en recompensa, pide solamente una gracia, un permiso para visitar al P. Ducoudray en el locutorio de Mazas, con esta cláusula espresa que podrá hacerse acompañar por otra persona para entrar en la sombría mansion. Así se hizo: la primera entrevista tuvo lugar el 23 de abril; otras la sucedieron el 27 y 30 de abril el 1 y 4 de mayo. Mas allá todas las tentativas fueron inútiles: se entraba en el periodo del terror. Pero si el ojo de los carceleros no lo sospechó en modo alguno, se adivina ya, que el caballero que acompañaba á la servicial visitadora era ni ma^s

ni menos uno de nuestros Padres, por otra parte perfectamente disfrazado. Transcribo la nota que el mismo me ha trasmitido: «He tenido el placer de ver al buen P. Ducoudray en Mazas. No nos esperaba y creyó que se le llamaba para interrogarle. Así quedó bien sorprendido y en extremo conmovido. Estábamos separados de él por una reja cuyos barrotes estaban bastante espaciados para permitir el estrecharle la mano. Esta visita no duró mas que veinte minutos. Le di noticias de los nuestros. Estaba preocupado de su suerte, pero perfectamente resignado á todo lo que Dios quisiera de él. Nos decia que era bueno que la Compañía tuviera su parte de sufrimientos. Pidió oraciones y me encargó que lo recomendará á nuestros amigos. Lo que mas le pesaba, era la inaccion.

«En la segunda visita, que duró hora y cuarto, lo he confesado en latin. Me pidió libros. Confiaba todavía, pero sin hacerse sin embargo ilusiones. En fin he encontrado siempre al P. Ducoudray tal como lo he conocido: un hombre y sobre todo un hombre de Dios.»

El 24 de abril, el P. Caubert consuela á la señora Lauras, su hermana: «Acababa de escribirte, cuando me han traído tu carta. No te preocupes ni te inquietes de ningun modo; esto no avanza hácia ningun lado. Ten mejor esta confianza que hace bien al alma. Tendrias necesidad en este momento de escuchar á menudo algunas buenas palabras de aquellas que consuelan, inspirando confianza y fuerza.»

El 25 de abril, un billete del P. Olivaint: «Gracias por vuestra infatigable caridad! Gracias particularmente por la Biblia completa! Os estaré muy reconocido si me envais la esplikacion de los salmos del P. Berthier, y el volumen del mismo autor sobre el Espíritu Santo.

Dia veinte y uno del retiro: estaré bien pronto en Pentecostés. Todo vuestro.— Estoy bueno y *Deo gratias!*

En una carta del mismo dia á su hermano, el P. Clerc, despues de haber pedido noticias de su familia y algunos libros, añade: «No carezco de nada, sino es que el reglamento de la cárcel no consintiendo ahora cura, no tenemos ni misa ni sacramentos. Jamás, tal creo, los han deseado tanto los presos.

«Ruego á Dios piadoso, estudio, leo, escribo un poco, y encuentro que el tiempo transcurre veloz, hasta en Mazas.»

«Hay verdaderamente presentimientos: no habia, segun creo, pasado nunca por el camino de hierro de Vincennes sin mirar esta cárcel y decirme que quizás estaria un dia en ella. Durante su construccion, he visitado con mucho cuidado la de la Salud, siempre con la misma preocupacion. Para no exagerar, debo añadir que imaginaba que esto se haria por el camino regular y oficial de un señor Bonjean cualquiera, magistrado de los antiguos Parlamentos, mientras que este pobre señor Bonjean encuentra menos maravilloso el verse él mismo encarcelado, que el verse aquí con los jesuitas. Oh fortuna! Puedo añadir tambien: Oh Commune, he aquí tus trastadas!

26 de abril. — Pongo bajo esta fecha todos los billetitos del P. de Bengy, cuyo tenor por otra parte es siempre el mismo: «Un millon de gracias. Estoy perfectamente bueno y no me fastidio. He leído ya una docena de volúmenes. No sé además absolutamente nada. Valor y confianza.» El dia 27 de abril, el P. Olivaint contestaba á uno de sus hermanos: «Estoy altamente satisfecho de vuestra carta... No carecemos, gracias á Dios, de cosa alguna necesaria, y en cuanto á los consuelos, los de arriba valen mucho mas que los de abajo. Estoy en el dia veinte y tres de mi retiro. No

hubiera creído jamás que me hubiese sido dado el hacer el mes de retiro, y he ahí que tocó á su término.

«Pues bien! si al fin del mes no volvemos á encontrar la libertad, proseguiré todavía mi retiro y nada perderé, confío, de esta suerte, en la prolongacion de la prueba.

«Comprendeis bien que no tenemos aquí noticias que comunicar. Y ese horrible cañon que ruge sin cesar; oh! que daño me hace esto! pero tambien cuanto me inclina á rogar por nuestro pobre país!

Si no hubiera mas que dar mi miserable vida para poner un término á esto, cuán presto habria hecho el sacrificio! Buena salud y gozo interior.

«Todo vuestro con mas afeccion que nunca: os debo bien esto por todas vuestras bondades.»

28 de abril.— El P. Clerc á su hermano :

«Gracias á Dios, esto se llama escribir! En dos palabras me pones al corriente de lo que mas me interesa. Ahora mi ignorancia de lo que ocurre me es mucho menos sensible.

«No des mas pasos para verme, temo que no te atraigan algun disgusto y no aguardo de ellos resultado alguno. Esta barrera se abrirá por otra mano que la tuya; y si no se abre sabrémos perfectamente resignarnos á ello.

«Acepta de buen grado los elogios que por mí se te hagan. Soy feliz y orgulloso de sufrir algo por el nombre que llevo. Sabes bastante que el golpe no me ha sorprendido, no he querido evitarlo, y quiero suportarlo.

«No espero el rescate de que me hablas, y no sé si es necesario temer algo del miedo, de la cólera, de la necesidad de comprometerse mas todavía. Cuanto menos soy dueño de mí,

mas estoy en las manos de Dios; suceda lo que quiera. El me dará medio de hacer lo que quiere que yo haga. *Omnia possum in eo qui me confortat.*»

El 29 de abril, el P. Caubert nos inicia en la vida de Mazas:

«Mi salud, hasta el presente, se ha sostenido bien. Por fin tengo todo cuanto necesito y hasta mas. Por otra parte lo moral sirve para fortificar lo fisico, comunicando valor y fuerzas: y esto es lo que me sucede, porque me siento lleno de confianza en Dios, y muy feliz en hacer su voluntad en lo que actualmente me pide.

«Además, el régimen de la cárcel, apesar de su lado austero y severo, no es en sí nocivo á la salud. Se nos hace tomar el aire todos los dias durante una hora, aisladamente y cada cual á su vez. Los estómagos delicados pueden procurarse los alimentos de que tengan necesidad. Dos veces por semana, se nos da caldo y un trozo de vaca. Hay en la casa limpieza, orden, regularidad. Se tienen á los presos las consideraciones que parecen convenientes; en fin hay en toda la casa un conjunto que hace honor al Director, puesto que todo depende de él, y que da testimonio de su solicitud. Todos los dias, se puede ir á la visita del médico y del farmacéutico. Hay una biblioteca conteniendo un número bastante grande de libros muy variados y todo el mundo puede pedirlos para ocuparse.

«En cuanto á los utensilios caseros, lo que se me manda es muy suficiente y no tengo necesidad de nada mas. Es preciso además simplificar las cosas, para no embarazar mi departamento, en el cual me veo obligado á colocarlo todo un poco revuelto.»

Verdaderamente el P. Caubert, lo mismo que sus compa-

ñeros de cautiverio, veía á Mazas por el buen lado, porque lo tomaba á buena parte. Jamás se les sorprende quejándose de nada, ni de nadie: al escucharles, todo está bien, y todo el mundo es bueno para ellos. Sufren sin duda, pero como lo llevan con paciencia, sufren menos que los demás; como confían, sufren mejor; en fin como aman á Jesús crucificado, gozan mucho más que no sufren. Lo diré sin embargo? Antes de escribir estas líneas, me he propuesto hacer como una peregrinacion fraternal, siguiendo el itinerario de nuestros mártires. He principiado pues por Mazas, puesto que la Conserjería ha pasado por el fuego con la Prefectura de policía. Yo he visto sus largas naves de tres pisos, con doble galería, radiando al rededor de un centro, en donde habia en otro tiempo una capilla; (ah! si á lo menos la Commune hubiese tenido la humanidad de dejar á los cautivos el divino prisionero del Tabernáculo!) y por ambos lados, en todos los pisos, todas aquellas puertas armadas de cerrojos y provistas del postiguillo reglamentario; y aquellas estrechas celdas, cuyo inventario se hace en un abrir y cerrar de ojos: frente á la entrada, la ventana del techo que mide el aire y la luz, en un ángulo la hamaca, frente á frente la mesita, con el espacio suficiente para la silla de paja; encima de la puerta, una tabla á guisa de armario; una escoba y algunos cachorros de grosero barro completan el mobiliario. En cuanto al famoso paseo tan amenudo mencionado en nuestras cartas, imaginense pequeños patios triangulares, cerrados por delante con una reja y paredes en los otros dos lados, sin abrigo por otra parte, y sin otro asiento que un cubo de piedra colocado en una esquina; los presos, durante su recreacion solitaria, no pueden entrever absolutamente á nadie, si no es en la azotea el guarda que los vigila.

Oh hermanos míos, me he dicho, por haber estado contentos en Mazas, preciso es que seais de la raza de los mártires!

Empezamos el mes de mayo, pero no lo concluiremos.

El 1.º, el P. Caubert no nos dá mas que una palabra: «He terminado mi retiro ayer. Empiezo hoy el mes de María; será un descanso para mi alma, y un nuevo motivo de confianza. Rogad por mí.»

El P. Olivaint, por su parte, hace pasar estas líneas: «Os he escrito el viernes; mi carta se ha perdido pues, unamos este pequeño sacrificio á los demás. — Os pedía á Glaire, el *Curso de Escritura Sagrada*; el P. Luis Dupont, la recopilacion de sus *Meditaciones...*, pero no os canseis buscando: sabré pasarme sin ello, como sin tantas otras cosas. Cuan bueno es abandonarse todo á Dios! Pero sin él no es posible pasar. — Admiro mas y mas, en mi pequeña soledad, la bondad paternal de Dios.

«Os pedía además hilo grueso ó un cordoncito negro ó encarnado, para coser cuadernos; y aguja grande muy grande, como para un ciego.

«Gracias todavía y siempre! voy siempre bien y siempre contento.

El 3 de mayo no tenemos mas que una esquela del P. Olivaint:

«Querido amigo: muy reconocido os estoy por vuestra excelente esquela de ayer. No tengo que comunicaros mas que buenas noticias. La salud se sostiene y estoy en el dia veinte y siete de mi retiro. Cuan bueno es Nuestro Señor!»

Tengo interés, lo confieso, en conservar y en consignar aquí todos los detalles de esta suprema correspondencia, por insignificante que puedan parecer. Grandes cosas se revelan á veces

en las mas pequeñas. He ahí evidentemente, según se vé, hombres formales, y que estan á pesar de su grave cuestion y hasta el fin ocupados únicamente en el servicio divino. Leen y escriben, como si tuvieran todavía que vivir; trabajan á lo menos para la eternidad. Qué no poseamos esos cuadernos, cosidos con el *hilo grueso* y la *aguja grande* del P. Olivaint! Pero la Commune nos ha envidiado esta herencia, los carceleros afirman que todos los papeles de las víctimas fueron reducidos á cenizas.

El día 5 de Mayo vió introducir en el régimen celular de Mazas un cambio sin consecuencia, pero no sin interés; se permitió á los prisioneros la lectura de algunos periodicos autorizados por la Commune.

Tenemos varias cartas de este mismo día.

El P. Ducoudray escribe: « Oh; cuan bella plegaria leemos en la oracion del cuarto domingo despues de Pascua: ... *ut inter mundanas varietates, ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia.* (1) Me ha alimentado con espiritual dulzura durante toda esta semana.

« Soy todavía mas pesimista, según parece que los mas pesimistas: estos, me deciais, fijan el día 20 como último término de la guerra civil. Temo mucho que no sea indispensable prorrogarlo hasta el 30. Las operaciones militares van lentamente. La guerra fuera de las murallas ofrece dificultades; la guerra en las calles tendrá las suyas, según el *Siécle* y la *Verité* que leia esta mañana, parece que todo esta sumido en el desorden, incertidumbre, cambios de personas, arrestos, etc.

(1) Que en medio de las vicisitudes de la vida nuestros corazones esten siempre fijos allí donde estan los verdaderos goces.

No he sido interrogado. Convengámonos en lo siguiente. En cuanto lo haya sido, si preveo que deba ser juzgado, escribiré por medio de un mandadero que se me envíe inmediatamente á M. X... que tomaré por abogado. Llegarán las cosas á este punto? No, si los acontecimientos militares se precipitan.

« Cuan agradecido y reconocido estoy! La caridad piensa en todo. Dad las gracias y haced rogar. « Ah! si pudiéramos acercarnos pronto al altar! He aquí la privacion á la cual no podré jamás acostumbrarme!

« Tocamos á la semana de los grandes acontecimientos, ó al menos al principio de los grandes acontecimientos... Que castigo! Era de esperar. Helo aquí.

« Continúad haciéndome la limosna de un *memento*.

« A veinte y cinco pasos de distancia he podido saludar dos veces á Alejo (P. Clerc.) He divisado Anatolio (P. de Beugy) á *lo lejos*.

« Si pudiéramos celebrar el santo sacrificio el día de Pentecostés! »

Para esta época el P. Ducoudray habrá ya consumado su propio sacrificio!

Se acababa de obtener en favor del P. Clerc la autorizacion obtenida anteriormente para el P. Ducoudray. Una persona amiga habia podido visitarle y hasta hacerse acompañar por M. Julio Clerc, hermano del preso. Este se espresa y satisface así su reconocimiento:

« No es bastante haberos dado las gracias una vez, os debo demasiado y quiero daróslas todavía.

« Os diré, para esto, el gozo que me ha causado vuestra inesperada visita. Os creia en provincias, y durante este tiempo, volvais á París, metiéndooos en la boca del lobo y forza-

bais la puerta de esta impenetrable cárcel. Estad seguro que me imagino cuanto os habrán costado los pasos que habreis tenido que dar, y despues todas las pesadeces y todas las fatigas de estas molestias, de esos viages multiplicados de Versailles, de París, de Saint-Germain. Pero la caridad, dice San Pablo, está llena de benignidad, *no se detiene en investigarse, sabe esperararlo todo y sufrirlo todo.*

Así que allana todos los obstáculos. Erais pues vos el que debiais franquear esta barrera inquebrantable apesar de todos los esfuerzos de mi hermano durante un mes; porque es precisamente al cabo de un mes de encierro cuando he tenido el gusto de veros. Así debe ser: la caridad, que es mejor, debe llevar ventaja á la amistad fraternal. Pero que atencion, y todavía que trabajos! ir á buscar y esperar á mi hermano, para traermelo con vos!

«Ved, como Dios justifica su Providencia ya en este mundo, y si los horrores de estos tiempos tienen razon de ser, puesto que dan lugar á sublimes afectos tan finos y tan delicados.

• Es preciso que os diga aun, despues de este mes de una absoluta separacion, mientras que oigo sin cesar, dia y noche, rugir el cañon, que consuelo es ver á los que se quiere y adquirir noticias de tal interés! A mas, todas las noticias que me habeis dado son buenas. Los golpes que nos han alcanzado no nos han causado mas que un daño bastante limitado, nuestros colegios apenas los percibirán, mientras que un pequeño número sufriendo por el nombre de JESUS, hará los trabajos de los demás mas eficaces y mas fructuosos.

• He pues llevado á mi calabozo un corazon lleno de gozo.

La mortificacion de la vida solitaria es poca cosa para un religioso acostumbrado al silencio y al estudio, y cuya vida se desliza en su celda religiosa. Pero la ignorancia sobre tan grandes intereses es muy sensible, y toda la resignacion posible á la voluntad de Dios no puede ni debe hacernos indiferentes á ello.

«Como hacer pues para atestiguaros algun reconocimiento? Quiero continuar mi mision cerca de vos, excitaros á la fidelidad á vuestras resoluciones, y sobre todo á aproximaros siempre mas y mas á Nuestro Salvador, no solo espiritualmente, por medio de la oracion y la prácticas de todos vuestros deberes, lo mismo que por vuestras obras de caridad, si que tambien aproximaros corporalmente por la santa comunión. Aquí nada de confesion, ni misa, ni aun el Domingo. Estamos alojados y alimentados; es cuanto se necesita para los animales. Aprovechaos de los sacramentos que se os ofrecen.

«Sabriais decirme porque nosotros que somos capaces, y con tal facilidad, de sentimientos nobles, desinteresados y afectuosos, somos tan frios respecto á Nuestro Divino Señor? No tiene Él acaso un corazon el mas generoso, el mas delicado y el mas tierno? Nada hay bueno en hombre alguno, que no sea mucho mas excelente en Él; preciso es pues amarle con todas nuestras fuerzas.»

En fin el P. Olivaint manda el siguiente billete tambien con fecha 5 de mayo.

«Confio en que estas líneas os llegarán. Cuán agradecido estoy por todas vuestras bondades! Cifro mi reconocimiento en contar completamente con vos. Estoy seguro de ello, quereis noticias mias con algunos detalles. Me creería ingrato con vos

si nada os decia. Los dolores reumáticos han vuelto, pero los he dominado, no hay ya que ocuparse de ellos. Mi bronquitis no ha reaparecido. Toso por la mañana, pero muy poco. No me siento el pecho fatigado.

« Pero pasemos á otro asunto. Estoy en el dia 31 de mi retiro. Para descansar un poco, no he hecho hoy mas que tres meditaciones. Ah! si yo pudiera, en lo espiritual, tener aquel ardor del generoso Vascongado que ha compuesto el libro de los Ejecicios! Sin embargo bendigo á Dios.

« Conservo vuestros libros del otro dia: habeis tenido buena mano.

• Tratad de procurarme: 1.º la *Teología dogmática* del P. Schouppe; 2.º algo de Santa Teresa.

« Creo que muchos de los nuestros están en la misma divi- sion que yo. Pero no tenemos ninguna relacion. Esto es la so- ledad completa.

• Nuestros vigilantes son muy honrados y muy buenos. Nos entregan con mucho agrado los pequeños consuelos que se nos mandan. Lo mas cruel es carecer de noticias de todos aque- llos por los cuales uno se interesa. Pero hay en el tercer libro de la Imitacion un capítulo diez y siete, que me hace penetrar mas y mas en el abandono.....»

Al 6 de mayo refierese el siguiente extracto del P. Clerc:
« No tengo nada que me dé pena, mas que la ignorancia de lo que pasa. Las horas desaparecen aquí cuasi con igual velocidad que en otro tiempo, entre la oracion, la lectura y el estudio; respecto á ropa blanca y alimentos, la caridad no nos deja ca- recer de nada. Que no estén inquietos por mí en ningun lado.

• He oido hablar de proposiciones de canje entre ciertas

personas. *Absit!* no lo quiero. Tengo paciencia y la tendré tan- to como sea necesario. Pero hay tantas razones para rehusar un canje! oh! no.

«Decid á la caritativa mano que nos alimenta, que me prodi- gue menos sus beneficios. Es alhagüeño para ella, aunque vergonzoso para mí: *estoy engordando!* Podré salir de mi calabozo cuande llegue la hora del rescate? Mi calabozo, oh! horror! será acaso un sitio como el que sirve para engordar las aves?

• En fin no tengo necesidad de tantas cosas. »

El dia 7 de mayo, tenemos estas palabras del P. Olivaint:
« Continúo yendo bien. Prosigo mi retiro. Me vuelvo Cartujo. A todos de corazon..... »

Y estas líneas del P. Ducondray: « Paso el tiempo 'en orar mucho, porque la privacion de la santa misa, el aislamiento, la separacion, son cosas crueles; despues no veo el fin de esto. Estamos aquí en calidad de rehenes, nombre que deja pesar sobre nuestra situacion un vago indefinido y detenciones indeter- minadas. En una palabra, estamos entre unas manos que ha- rán de nosotros lo que querrán, segun las circunstancias. Orad y haced orar mucho. Segun mi apreciacion, me parece que la situacion puede prolongarse todavía tres ó cuatro semanas; que las cosas no están aun en via de mejorarse. Es una verdadera guerra civil con todos sus horrores.

« Sabeis cuanto agradezco vuestras apreciaciones; dádmelas, sin disimular nada sobre nuestra propia situacion y sobre la si- tuacion general. Mil cosas á todos, así de la poblacion como del campo. Un recuerdo muy afectuoso al Dr. M. Espero que nuestra permanencia aquí, servirá como las cadenas de S. Pablo: *ad*

profectum venerunt Evangelii, ita ut vincula mea manifesta fierent in Christo. (1).

«Cuando fui trasladado de la Conserjería á Mazas, meditaba de buen corazon: *cum sceleratis reputatus est.* (2).

«Ya adivináis cuanto pienso en vos, cuanto de corazon vivo en vos. Concededme cada día sitio en el *memento* de vuestra misa.

El 8 de mayo, se promulgaba en Mazas un nuevo decreto, emanado de la Commune, el cual suprimía el locutorio, hasta nueva orden, para todos los clérigos rehenes, y lo conservaba solamente para los detenidos políticos seglares. El ciudadano Garreau acababa de ser nombrado director de Mazas; era esto el regalo de su feliz advenimiento. Esta medida inesperada fué para el P. Ducoudray ocasion del mayor de todos los sacrificios; se comprenderá sin trabajo, cuando se sepa que este mismo día esperaba la prometida visita de Jesucristo en persona. Bajo la impresion todavía del golpe escribió: «Que sacrificio! he ofrecido á Nuestro Señor esta dura prueba, incomparablemente mas sensible que nunca, por razon del precioso don de amor, del divino Maestro. Trato de hacer de mi pobre corazon un altar sobre el cual consume el sacrificio. No es acaso el mejor uso que yo pueda hacer de él?»

Sin embargo, este mismo día, el P. Ducoudray, lleno completamente de sus pesares, por otra parte serio sin duda y firme como un hombre, pero candoroso y sencillo como un niño,

(1). Han servido para el progreso del Evangelio, de suerte que mis prisiones se han hecho notorias por JESUCRISTO. (Philip. 1, 12, 13).

(2). Ha sido puesto en el rango de los criminales. (Isaías, LIII, 12).

tenia necesidad de esplayar su corazon. Dirige á uno de sus hermanos una carta tan íntima, que él la llama «una cuenta de conciencia.»

Ah! hermano de mi alma, divulgar, en este momento, vuestros secretos no es hacer os traicion, sino solamente glorificar en vos al Dios que os ha dado su gracia, y confío tambien, su gloria.

«He aquí, dice él primeramente, mi pequeño reglamento diario: á las cinco, levantarse, despues barrer, limpiar... A las seis, oracion, que prolongo ordinariamente hasta las siete y media ó las ocho. A las ocho, maitines y laudes, prima y terciaria. A las nueve menos cuarto una parte de rosario. A las nueve, almuerzo, maitines y laudes del oficio de la santa Virgen. A las diez, durante unos treinta minutos, asisto, en espíritu y union, á la santa misa que se celebra á esta hora, y hago un cuarto de hora de accion de gracias. A las doce menos cuarto, exámen. A medio día, segunda parte de rosario que ofrezco siempre por nuestra querida comunidad. Despues lectura de periódicos. Hacia las dos, leo, ó trabajo tomando notas hasta las cuatro. Añadid que entre las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde, de un modo muy variable, se intercala una hora en la que se nos conduce al paseo, espacio grande como la mitad de nuestra sala de recreacion, en donde uno se mueve solo entre dos paredes. A las cuatro concluyo las horas menores y rezo vísperas y completas del oficio mayor y del de la Santa Virgen. A las cinco, como y arreglo mi pequeño ajuar. A las seis, lectura espiritual y un poco de ejercicio en mi departamento largo de cinco á seis metros y ancho de dos. A las siete un poco de periódico. A las siete y media, preparacion de la oracion. A las ocho menos

cuarto, exámen. A las ocho, tercera parte de rosario, la cual lo completa. A las ocho y cuarto, letanias. A las ocho y media, armo mi hamaca y hago mi cama. A las nueve menos cuarto, acostarme. He aquí el día. »

Verdaderamente en esta distribucion del día, queda poco lugar marcado á la fantasía, es la oracion permanente, y me parece que las paredes de Mazas se habrán admirado del ascetismo de esos huespedes tan nuevos para ellas.

Mas he aquí otra confidencia todavía mas preciosa, porque es tambien mas íntima. El P. Ducoudray nos introduce hasta el interior de su corazón. Pues bien! una vez allí, no se oculta, habia alguna vez sufrimiento, para que hubiera siempre paciencia. Dígase y hágase lo que se quiera, la cárcel será siempre la cárcel, y Mazas se parecerá mas á un Calvario que á un Paraíso. Despues de todo el cristiano no es un estóico, y el mártir mismo experimenta las debilidades de la carne, para dominarlas con el vigor del espíritu.

«Este pobre corazón! escribe, bien tentado se encuentra algunas veces de escaparse y brincar. La imaginacion se mezcla voluntaria en la partida. Los dos no se dejan dominar por la razon, tanto como yo quisiera. De aqui, á ciertas horas, ciertos accesos ó pataleos de fastidio, sufrimientos del alma que la hacen languidecer, la descorazonan, la inquietan y la disgustan. *Magnum est et valde magnum, tam humano quam divino posse carere solatio, et pro honore Dei, libenter exilium cordis velle sustinere.* (1)

(1) Es grande, muy grande virtud el saber prescindir de todo consuelo asi humano como divino, y sostener voluntariamente por la gloria de Dios el destierro del corazón. (IMIT. I. II, L. IX).

Son cosas estas que no se comprenden mas que cuando se sienten. Habia tenido la buena idea de poner en mi bolsillo, al abandonar la casa, un librito conteniendo el *Novum testamentum* y la Imitacion. He leído mucho á San Pablo, que corazón tan grande y admirable! La lectura bien sentida dilata el alma, despues él ha estado *in laboribus plurimis, in carceribus abundantius* (1), como escribe él mismo.

Y yo que no estoy todavía mas que en *carcere uno*, me alabaria de sufrir algo! Pero si somos de aquellos de los cuales está escrito: *eritis odio omnibus propter nomen meum*, (2) cuan mézquinas son todavía nuestras tribulaciones, comparadas con las del gran apostol! »

Durante este tiempo, el P. Caubert estaba tan consolado, que tenia todavía medio de consolar á los demás: «Me pedís algunas buenas palabras que levanten el alma. Deseo que Dios bondadoso os dé las disposiciones que me concede en este momento. Vivo al día, sin inquietud, lleno de confianza, muy feliz en cumplir lo que Dios me pide con un abandono completo entre sus manos en cuanto al porvenir, y dispuesto á no reusarle nada. Me coloco á menudo delante de los ojos mi vocacion, que es orar y sufrir por la salvacion de las almas, é imploro las bendiciones de Dios sobre Paris y sobre Francia.»

El 9 de mayo, dos mensajes del P. Olivaint, primero á uno de sus hermanos: «Mi muy querido amigo, escribidme á me-

(1) Mas que nadie en los trabajos y sobre todo en las cárceles. (II COR. XI, 23).

(2) Sereis el blanco del odio de todo el mundo á causa de mi nombre (Matth. X, 22).

nudo; es un verdadero consuelo para mí. Os pido ahora un Gury, *Teología moral*, y Darras, compendio histórico de la Iglesia.

• Buena salud, y el retiro marcha siempre bien; es esto de-
ciros que no engendro la melancolía. *Fiat!*»

Además, escribe con otra dirección: «No os inquieteis por los alimentos calientes. He mandado alguna vez á buscar algo caliente por el mandadero, pero los hambres no me causan daño. Es admirable cómo uno se acostumbra á todo! Podeis bien decir que despues de todo, no soy en modo alguno digno de lástima. Recibo mucho mas de lo que necesito. Sin embargo tengo un gran consuelo, y es, cuando tengo demasiado, el enviar algo á esos desgraciados por los cuales nadie se interesa. Si pudiera con igual facilidad ayudarles á encontrar la vida del alma!»

En fin, con la misma fecha 9 de mayo, encuentro esta carta del P. Caubert: «No sé de que manera me he encontrado abocado á hablaros de la tranquilidad y de la confianza que Dios me concede, en su bondad.

«Creo que era para tranquilizaros un poco respecto á mí, enseñándoos que Dios está siempre con sus siervos en medio de la prueba, á fin de fortificarles. Pero el sostén interior es un dón de Dios, y este no impide á la naturaleza el sentir alguna vez que ella preferiria no encontrarse entre cuatro paredes. Así estas flaquezas sirven para hacerme comprender mejor que mi valor no deriva de mí, y que debo agradecerlo á Dios, autor de todo dón y de todo bien. Lo que sirve mucho para reanimar al alma en las grandes pruebas, es pensar á menudo en el amor de Dios hácia nosotros: ¡cuántos testimonios de él no se encuentran,

cuando entramos en nosotros mismos! Lo es tambien el tener confianza en la accion de la divina Providencia, que es siempre misericordiosa, apesar de sus aparentes rigores. Porque Dios, que es nuestro Padre y que nos ama, se propone siempre, en todas nuestras pruebas, el bien de nuestras almas, es decir, el curarnos, perfeccionarnos y hacernos llegar á la felicidad celestial. Cuando por la fe se está penetrado de esta verdad, no se turba uno por ninguna prueba, espera contra toda esperanza, y se esfuerza en perseverar en la oracion, que obtiene la paciencia y el abandono filial entre las manos de Dios. Trato de penetrarme de estas verdades que ensanchan el alma y nutren la confianza, en medio de todas las circunstancias, cualesquiera que ellas sean. La providencia de Dios es tan admirable, emplea resortés tan inesperados, tan opuestos en apariencia á lo que se desea! Cuando todo parece perdido, entonces es cuando Dios se muestra, á fin de que no contemos mas que con él solo. Quién no ha hecho esta experiencia, en medio de esas luchas, de ordinario tan penosas y tan prolongadas de que la vida está llena? Rogad por mí!»

10 de mayo.— Reuno bajo esta sola y misma fecha todas las cartas que el P. de Bengy dirigia entonces á su familia, á la señora condesa de Foucauld, su hermana, á la señora condesa de Montsaunin, su tia, y en fin á su digna y venerable madre. Contento y confiado, sin miedo ni reproche, no sabe mas que repetir: «Me hallo perfectamente bien; desde el 3 de abril, no he experimentado el menor dolor físico. Estoy tratado lo mejor posible y no me aburro. Estoy muy acostumbrado al pan de la cárcel y duermo perfectamente en mi hamaca. Estoy, segun me parece, tranquilo y resignado.»

El 11 de mayo, el P. Caubert da cuenta de la visita que acaba de recibir del Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos: «Parece dice él, que le he sido recomendado por uno de sus conocidos. Ha venido muy cordialmente á saber como verdadero americano, como me encontraba y si tenia necesidad de a guna cosa.»

El 12 de mayo, el P. Olivaint escribe: «Hoy hace un mes que estoy en Mazas! Ah! ciertamente, no habia jamás previsto que vendria aquí algun dia. Después de todo, cuando se vive aquí con Dios, puede uno encontrarse bien hasta en Mazas.

«He recibido vuestra carta y tambien vuestras provisiones: gracias todavía, todavía y todavía! Pero observad bien: *botecitos y cajitas, mejor que grandes cajas y grandes botes*. No me cuesta ningun trabajo el ocuparme. Dia treinta y ocho de mi retiro. Tendré pues tambien mis cuarenta dias en el desierto; y mas que esto. Pero falta el ayuno y no podeis vanagloriaros de haber imitado á los Angeles, vos que tan á menudo me socorreis. Que Nuestro Señor no os deje tampoco languidecer, y que os dé bien pronto la fuerza interior y la vida. Valor y confianza, siempre y aun cuando..... mi antigua divisa, siempre nueva.»

Debo aquí, y creo poder ahora explicar un pasaje enigmático de esta carta, y es esta preferencia singular del P. Olivaint por las *cajitas* y los *botecitos*.

Pues bien! bajo este reinado de la libertad, en que Dios mismo y Dios sobre todo no puede pasar mas que á la sombra del misterio, era aquello ni mas ni menos que la fórmula convenida para designar la sagrada Eucaristía. Nuestros cautivos de

Mazas estaban hambrientos del *Pan de los fuertes*. Pero eran indispensables los preparativos mas delicados, precauciones infinitas para garantizar la trasmision fiel y segura á través de las formalidades de la vigilancia. En fin, qué no puede la industriosa prudencia de la caridad? Dentro de poco, volverémos á encontrar todavía á JESUS en Mazas.

El P. Caubert escribia tambien el mismo dia: «Estoy muy reconocido á las oraciones que tienen la caridad de hacer por mí. A ellas atribuyo las disposiciones en que me encuentro, en medio de la prueba á la cual ha querido Dios someterme. Siento reanimarse mi alma, cuando pienso que no estoy solo en orar, sufrir y ofrecerme á Dios Nuestro Señor. Me complace el sentirme apoyado por las oraciones y los méritos de los demás. Traigo á mi memoria el recuerdo de aquellos á los cuales me une la caridad de Nuestro Señor JESUCRISTO de una manera mas íntima. Los busco así en el cielo como en la tierra, y este recuerdo de todos los amigos del corazon de JESUS me llena de consuelo y me da la confianza de que mis súplicas serán atendidas.

«Las meditaciones de este mes son aun bien propias para elevar el alma y fortificarla. Estudiando el corazon de la Virgen Santísima, no se vé en ella mas que olvido completo de sí misma, puro amor de Dios y generosidad en el sacrificio, para cumplir en todo la voluntad de Dios; y entonces, como por un atractivo especial, de la gracia unida á este estudio de la vida interior de la santísima Virgen el alma se siente como arrastrada, suave y fuertemente, á querer practicar las mismas virtudes, á fin de agradar á Dios y glorificarle. Me he propuesto este estudio para este mes, esto me ocupa utilmente, y me ayuda

además para recomendar á menudo á la Virgen, París y la Francia.

«Rogad por mi, á fin de que el valor no me falte, porque es un don que es preciso pedir á Dios.»

El 13 de mayo, tenemos algunas buenas palabras del P. Caubert: primeramente está contento de su calabozo: «Está situado al mediodía, con buenas luces, no puedo distinguir mas que el cielo, pero esto ya es algo, cuando se tiene la costumbre de elevar su alma á Dios. Muy digno de lástima es el prisionero, cuando no tiene fe, ni costumbre de rezar, mucho debe sufrir en su aislamiento! Pero con la fe, qué diferencia! El alma no está ya sola, puede entretenerse con Dios, nuestro Padre celestial, con JESUCRISTO, su salvador y su amigo, con los Angeles, sus hermanos. En esos momentos de desfallecimiento (porque cada cual tiene los suyos) el alma se reanima y se fortifica con la plegaria, y no tarda en recobrar, con el auxilio de la bondad de Dios, la fuerza, el consuelo y la confianza.»

A mas, augura bien el porvenir: «Tengo la conviccion, escribe, que se verá muy pronto á todos los corazones comprenderse y unirse en un mismo espíritu de concordia y caridad. Sin duda será esto una gran felicidad, para todos. Pero tambien necesitamos pedir con instancia esta gracia á Dios; porque este cambio admirable depende sobre todo de su misericordia infinita y de su omnipotencia. No es acaso Dios el dueño de los corazones y nuestro Padre comun?»

«Confieso que en mi celda carcelaria, este pensamiento me sostiene, me consuela y me ayuda á soportar mas de una desazon. Por fin, Dios bondadoso me concede, con una gran tranquilidad de alma, la mas completa confianza en él, un abandono

filial entre sus manos y el valor para cumplir su voluntad en la situacion en que me encuentro.»

Tales eran todavia los sentimientos del P. Caubert cuando, á la semana siguiente recibió la visita de Mr. Rousse, decano del colegio de abogados, al cual no era desconocida la familia de nuestro hermano y que se habia encargado con muy buena voluntad de presentar su defensa ante el tribunal de la Commune. Se vieron en la sala de abogados; el P. Caubert vestia traje seglar; llevaba la barba y todo su bigote, y este insolito atavío, unido á su exterior miserable, hizo titubear al principio al que le visitaba el cual no le conocia personalmente. M. Rousse ha consignado en notas que tenemos á la vista las impresiones que sacó de aquella entrevista. «Yo me nombré. Cambiamos nuestros recuerdos. Sin conocernos estábamos en pais amigo. Hablamos de su padre, que habia sido uno de mis antecesores cuando yo vine al foro, de su hermano el coronel, que ha sido mi camarada de colegio en San Luis. Despues, espontáneamente, sin que me dirigiera ninguna pregunta sobre su posicion, le dije como á los demás (Moñs. el arzobispo de París y M. Deguerry) lo que sabia y lo que esperaba. Me escuchaba con la mas sincera indiferencia, sonriendo siempre y teniendo el aire de pensar: A qué todo esto? En fin me dijo: «Os doy mil gracias por lo que haceis. Será lo que Dios quiera. Si quieren matarnos dueños son de hacerlo.» Y apartándose enseguida de lo que á él atañia: «Es una gran prueba para el país, dijo, y que lo salvará.» Como le manifestase mis dudas respecto á este punto. «En cuanto á mí, me dijo, con la mayor calma, no lo dudo, estoy seguro de ello, creo firmemente que Francia saldrá de aquí regenerada, mas cristiana y por consiguiente mas fuerte que nunca.»

M. Rousse concluye su relacion en estos términos: «Al cabo de una media hora, menos quizás, me levanté algo molesto y no encontrando mucho que decir á un hombre de tal temple y cuyo valor me parecia tan fuertemente superior al mio.»

El 14 de mayo, he aquí un recuerdo del P. Olivaint: «Una palabra para atender á vuestra amable reclamacion.—Gracias todavia, debo siempre empezar por aquí. Tened bien presente que no olvido á mis amigos; como dispongo de mas tiempo, ruego mas por ellos.

«He aquí sin embargo seis domingos pasados en la sombra. Cuantos dias sin acercarme al altar! ah! cuando se está privado de un bien, cuanto mejor se aprecia su valor!

«Continúo habitando en el piso bajo. No dejaría de reclamar al médico, M. de Beauvais, si verdaderamente tuviera necesidad de un cambio, para mi salud. De otro modo prefiero tomar las cosas tal como la Providencia las ha dispuesto por sí misma. Me parece que oigo á nuestro Señor decirme: déjame hacer de tí lo que yo quiera. Amen!»

15 de mayo.— En medio del mes consagrado á María, amaneció en fin un hermoso dia, dia de gracia y alegría, que presagiaba otro próximo ya de sacrificio y de gloria. Los cautivos de Mazas no dejaban de repetir al cielo y á la tierra: *Veni Domine Jesu!* Ah! Venid JESUS Señor nuestro. *Etiám, venio cito!* Sí, se les respondió, héme aquí que vengo. En efecto, de pronto las puertas se abrieron, los prisioneros no salieron, pero JESUS entró. Sin embargo durante la mañana de este bello dia el Deseado no habia aun llegado.

El P. Clerc escribia con su gozo acostumbrado: «Vuestro recadito me dá gran consuelo y alegría; os estoy muy agrade-

cido y os suplico que me continueis este buen socorro. Me los haceis esperar todavia mayores, sea en buen hora. Dios es tan bueno para nosotros!

«Continuo ocupándome en las matemáticas y preparando mis clases; con esto y los ejercicios de piedad, desaparece el dia. Entreveo un rayo de luz y aguardo mejores tiempos para nuestra desgraciada patria. Estoy, por el presente contento siempre de estar preso, así, estad tranquilo respecto á mí.— Que Dios os bendiga por vuestra caridad! Mis saludos y afectuosos recuerdos á todos los amigos en JESUCRISTO.

«Oh! como la separacion hace distinguir el sitio donde el corazon ha colocado su amor!»

El P. Olivaint, por su parte, enviaba al P. Lefebvre, que habia quedado de portero y guardian de la casa de la calle de Sévres, el siguiente mensaje lleno de los mas afectuosos deseos: «Vuestra esquela me ha sido entregada, tranquilizaos pues, Cuánto agradezco al Sr. Director el haber dejado pasar esta carta! Y cuánto os agradezco el que me deis noticias, por tristes que sean! Tienen esta ventaja, al adquirirlas, cuando son tan tristes, el excitarme á orar mas todavia y ofrecerme mejor todavia á Dios, durante los dias de esta bendita reclusion.

«Qué Providencia el que hayais podido quedaros ahí! Cuán manifesto es para mí que el Señor lo ha dirigido todo! — Heme ya en el dia cuarenta y uno de mi retiro. A partir desde hoy no voy á meditar mas que sobre la Eucaristía. No es acaso el mejor medio de consolarme de no poderme acercar al altar? Si fuera pajarito, iria todas las mañanas á oír misa en alguna Iglesia y volvería despues voluntario á mi jaula.

«Recordad á todos mis afectos. Una palabra sobre todo á Ar-

mando. Cuanto pienso en él! Sufre mas que yo, estoy seguro, y su amigo tambien.»

Hacia medio dia solamente llegaban á Mazas los botecitos y las cajitas tanto tiempo esperadas. Creo con esto decirlo todo. Habia para los PP. Olivaint, Ducoudray y Clerc; pero no, ay! esta vez, para los PP. Caubert y de Bengy, no se habia sabido aun arreglar el asunto para ellos. Cada uno de los tres privilegiados recibia por su parte cuatro sagradas formas, y cada cual debia conservar y llevar sobre su pecho, como sobre un altar vivo, *al Dios de su corazon y su herencia para la eternidad.*— Los prisioneros estaban avisados de la ingeniosa y audaz tentativa y debian en el momento dar cuenta del éxito.

El P. Olivaint se apresuró á mandar en la tarde del 15 de mayo este pequeno aviso:

«Ya no aguardaba nada hoy. Mi sorpresa y diré mejor mi consuelo ha sido con tal motivo mayor. Gracias pues todavía! Mil millones de gracias!

«Me he ocupado del Espíritu Santo, durante mi retiro; voy ahora á meditar sobre la Eucaristía.»

La alegría del 15 de mayo no podia desaparecer en un solo dia. El 16 de mayo, no habia en Mazas mas que una exclamacion de reconocimiento. El P. Clerc dice á uno de sus hermanos: «Todo ha llegado en perfecto estado, y todo estaba dispuesto con una industria y habilidad admirables. Prefiero dejar á vuestra piedad el retratarse mi gozo que tratar de hacerlo con mi pluma. Pero creo con seguridad poderos decir que desafío á todos los acontecimientos. No existe ya la cárcel ni la soledad y tengo confianza en que si Dios permite á los malvados el satisfacer todo su ódio y prevalecer durante algunas horas, se les sobre-

pondrá en aquel momento hasta por medio del mas débil y mas vil instrumento.

«Bendigamos á Dios con todas nuestras fuerzas, porque ha redoblado para nosotros sus beneficios. Adios. *Pax et osculum in Christo.* (1)»

Mas he aquí del mismo dia, y aun sobre el mismo asunto, la última carta del P. Clerc, y verdaderamente su *nunc dimittis.*

«Oh Dios mio, cuán bueno sois! Y cuán verdad es que la misericordia de vuestro corazon no quedará jamás desmentida!

«Y nosotros, cuanto agradecimiento, cuantas acciones de gracias no os debemos? Despues de haber repetido mil y mil veces la espresion de mi imperecedero reconocimiento, y haberos ofrecido bajo un nuevo título los flacos servicios de un corazon sincero y leal sin embargo, me resta solamente el desearos que el don que nos haceis os sea siempre hecho á vos mismo, y sobre todo en los dias de prueba.

«No me habia atrevido á concebir la esperanza de tal bien! poseer á Nuestro Salvador, tenerlo por compañero en mi cautiverio, llevarlo sobre mi corazon y descansar sobre el suyo, como lo permitió á su muy amado Juan. Si, es demasiado para mí, y mi pensamiento no lo alcanzaba. Y sin embargo tal sucede. Pero no es verdad que todos los hombres y todos los santos juntos no se hubieran atrevido jamás á concebir la Eucaristía? Oh! cuán bueno, cuán compasivo, cuán previsor, es el Dios de la Eucaristía!

«No es verdad que parece todavía hacernos este reproche: *No pedis nada en mi nombre, pedid pues y recibiréis.* Lo

(1) Os deseo la paz y os abrazo en el Señor.

tengo sin haberlo pedido; lo tengo y no lo abandonaré mas, y mi deseo de tenerle, muerto á falta de esperanza, se ha reanimado y no hará mas que aumentar á medida que durará la posesion.

¡ Ah cárcel, querida cárcel, tú, cuyos muros he besado diciendo: *bona crux!* qué beneficio no me vales! No eres ya una cárcel, eres una capilla. No eres para mí ni tan siquiera un lugar solitario, puesto que no estoy solo, y que mi Señor y mi Rey, mi dueño y mi Dios, moran aquí conmigo. No me acerco á él solo con el pensamiento, no es solamente por la gracia como él se acerca á mí, sino que real y corporalmente ha venido á encontrarme y á consolar al pobre prisionero. Quiere hacerle compañía; lo quiere, y dejaria de poder acaso, puesto que es omnipotente? Pero tambien qué maravillas para llevar á cabo tal intento! Y vos estais comprendido entre esas maravillas de la ternura del corazon de JESUS para su indigno siervo.

« Oh dura siempre, cárcel mia, que me vales el llevar á mi Señor sobre mi corazon, no como un signo, sino como la realidad de mi union con él! en los primeros dias, he pedido con gran instancia que Nuestro Señor me llamase á un testimonio mas excelente de su nombre. Los peores dias no han pasado todavía: al contrario se aproximan y serán tan malos que la bondad de Dios deberá abreviarlos, pero en fin ya tocamos á ellos. Esperaba que Dios me daria la fuerza de morir bien; hoy mi esperanza se ha convertido en una verdadera y sólida confianza. Parece que lo puedo todo en él que me conforta y que me acompañará hasta la muerte. Lo querrá él asi? Lo que sé, es que, si no lo quiere, tendré de ello un pesar que solamente la sumision á su voluntad podrá calmar.

« Pero si él lo quiere, cuan grande parte tendréis en este beneficio de la fuerza que me habrá prestado! »

El P. Ducoudray nos manda tambien su ultima carta: concluye con la *alleluia* en el corazon y el *fiat* en los labios.

« Todo lo he recibido. Qué sorpresa! qué gozo! Ya no estoy solo, tengo á Dios por huésped en mi pequeño encierro. Y es verdad, *credo!* Me he creído en el dia de mi primera comunión y me he encontrado desecho en lágrimas. Hacía cuarenta y cinco dias que estaba privado de tan rico bien, de mi único tesoro!

« Me encierro en el cenáculo, y mucho desearía, despues de estos dias que nos separan de Pentecostés, volver á ver la luz del cielo. De aquí allá, cuantos acontecimientos pueden surgir! Tocamos en el último extremo de la crisis, pero si se prolonga, podemos temer lo mas abominable. No puedo impedirme sin embargo el estar muy impresionado de hallarme ligado á circunstancias tan graves. Pero aquí hacemos un buen retiro que nos facilitará la entrada en la eternidad. Desde el primer dia me he encontrado dispuesto á todos los sacrificios. Porque tengo la dulce y fuerte confianza, que si Dios hace de nosotros, sacerdotes y religiosos, rehenes y victimas, serémos inmolados *in odium fidei, in odiun nominis Christi Jesu.* (1)

« Roguemos, roguemos mucho, dispuesto á vivir, si place á Dios, á morir si á Dios es agradable, como buen hijo de nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio. »

Feliz pluma que se quebró despues de estas últimas líneas!

17 de mayo. — Ahora nos quedan ya pocos dias y pocas cartas. Nuestros correspondientes de Mazas van á faltarnos.

Sin embargo el P. Caubert, privado poco ha de las larguezas divinas escribe todavía:

(1) En ódio á la fe, en ódio al nombre de JESUCRISTO.

«Preciso es reconocer palpablemente que es verdaderamente Dios quien nos dá el valor en nuestras pruebas, de otro modo el valor se consumiría pronto. Por lo que á mí toca, tengo necesidad de recurrir á menudo á la oracion para renovar el mio, como sucede con un mal reloj al que es necesario darle cuerda á menudo. En una vida desocupada, aislada, secuestrada, llega pronto el aburrimiento. En vano se forma un reglamento, no se puede siempre leer ó rezar. Durante mi retiro que he hecho durar tres semanas, no tenia mucho tiempo de notarlo, pero despues, no estoy ya sostenido por la misma dosis de oracion. Comprendéis que en esta vida monótona, por poco que Dios misericordioso oculte su presencia (lo cual suele suceder, á fin de hacer la prueba mayor) se deben sentir á menudo los desmayos de la naturaleza. Pero es precisamente el sentimiento de esta debilidad el que nos encamina sin cesar hácia Dios. Admirable es el Señor en su manera de sostener al alma con sus mismas debilidades. Nuestra debilidad es como un lazo que nos sujeta á su fuerza y como un atractivo que nos llama á su bondad infinita.

«Me decís que debo sufrir. Algo hay de verdad: pero si no se tuviera nada que sufrir, Dios no alcanzaría nada. Desea hacer misericordia á todos, pero quiere que se le ofrezcan, con este objeto, algunos sufrimientos sobrellevados por su amor. Ay! si uno estuviera libre, quizás (hablo por mí) se olvidaría con demasiada facilidad que la caridad nos exige el tener compasion de los pobres pecadores, y ofrecer algunos sacrificios á su intencion. Y despues el Sacerdote no es acaso el amigo de Dios y bajo este titulo, no debe sacrificarse para obtener la reconciliacion de sus hermanos con Dios, Padre de todos, Padre tan bondadoso y tan dado á la indulgencia, sobre todo cuando se vé

como importunado por las súplicas de un amigo? Unámonos pues en la oracion para hacer esta santa violencia á Dios, sobre todo en este mes, en que la santísima Virgen se encarga de presentar nuestros ruegos á su hijo Nuestro Señor JESUCRISTO y nos invita así á una confianza sin limites.»

18 de mayo. — No tenemos mas que algunas cortas líneas de la pluma del P. Olivaint, pero conservan bien su forma, es el mismo carácter y el mismo corazon hasta el fin. Se le habia preguntado la hora de sus comidas: Al mediodia mi comidita, contesta; á las siete, mi cenita; es decir he conservado el reglamento de comunidad; me viene mejor para mi retiro, y continuo de este modo viviendo como religioso á pesar de ... »

El 18 de mayo era la fiesta de la Ascencion «Escelente fiesta, apesar de los cerrojos! nada puede impedir al corazon el volar al cielo.»

Despues vienen dos billetes, uno dirigido al P. Lefebvre, otro al P. Chauveau:

«Gracias aun, escribe al padre Lefebvre. Con vuestras cartitas vivo aun que lejos con vos. Por el sentimiento de la familia, leo entre vuestras líneas muchas cosas que no pensais probablemente en decirme, y esto me hace bien al corazon.

«Qué deplorables acontecimientos! Como comprendo á las almas hastiadas de otro tiempo huyendo a desierto! Pero vale mas permanecer en medio de las dificultades y de los peligros, para salvar á tantos desgraciados del naufragio.

«Mi salud es siempre buena, y despues de cuarenta y seis dias, no estoy todavia fatigado de mi retiro; bien al contrario.»

En fin vamos á terminar con estas últimas palabras dirigidas al P. Chauveau: «Sí, tocamos al desenlace. Gracias á Dios! Tra-

temos de estar dispuestos á todo. Confianza y oracion! Cuán bueno es Nuestro Señor! Si supierais como, desde hace algunos dias sobretodo, me es dulce mi prisioncita! *Forsan et hæc olim meminisse jvabit.* Quién sabe si no la echaré de menos algun dia?

«Tiernos recuerdos á Armando; muchas cosas á todos; bendiciones á nuestros amigos y bienhechores! Creo que todos los nuestros aquí van bien. Lo que es yo me sostengo perfectamente. Todavía una vez, cuán bueno es Dios Nuestro Señor! — Vuestro de todo corazon...»

Oh! hermano mio, despues de esta palabra, bien podiais dejar de escribir.

Como los demás, el P. Caubert, al concluir, inclina la cabeza: «No pienso ya en contar el tiempo de mi cautiverio. Prefiero remitir todo esto entre las manos de Dios y abandonarle el cuidado de todo lo que me concierne. Sabe mejor que yo mismo lo que es mas útil para mi alma. Trato de recordarme á menudo que se le glorifica tanto mas cuanto mas se sufre por su amor y para cumplir su santa voluntad. En efecto sometiéndose á las pruebas, se practica de una manera escelente el anonadamiento de sí mismo. No es acaso el mejor modo de probarle nuestro amor, reconociendo de este modo su soberano dominio sobre la criatura? No es acaso tambien por el sacrificio de uno mismo como se imita mejor á Nuestro Señor? Es verdad que mi alma no ha llegado todavía á esta perfeccion y amor tan puro y tan desprendido de todo. Pero es indispensable pasar por las pruebas para llegar á esta union con Dios. Es él quien las envía en su bondad, para purificar al alma y para romper los lazos que se oponen á esta union. Rogad para que yo saque este provecho de mi prueba actual.

«En algun lado debe encontrarse un pequeño crucifijo lleno de indulgencias, que sirve para hacer el viacrucis. Suplico que se me envíe.»

El P. Caubert obtuvo mas de lo que habia pedido. No era por la simple meditacion como iba á seguir á su Maestro en la via dolorosa. La hora suprema estaba próxima. Los acontecimientos se precipitaban de pronto. El 20 de mayo, el recinto de París era batido en brecha; desde el 21 era abierto y forzado: y Francia entraba de nuevo en sus dominios al recobrar su capital. En esta estremidad (nadie se hubiese apenas atrevido á creer esos últimos horrores), la Commune fué capaz de realizar lo que habia sido digna de concebir; impulsada por un instinto satánico, no para defenderse, sino para vengarse, se anegó en rios de sangre y se enterró bajo montones de cenizas.

El lunes 22 de mayo, se dió la órden de proceder inmediatamente, y sobre el campo, á la ejecucion de todos los rehenes encerrados en Mazas. Los prisioneros pudieron al menos sospechar el fatal decreto todavia secreto para ellos. En el mismo instante todo pareció ponerse mas y mas sombrío en la lúgubre mansion: los guardianes iban y venian, cambiaban entre sí misteriosas palabras, contestaban á las preguntas de los condenados con amenazadoras alusiones, ó con un silencio afectado, mas significativo todavia. Sin embargo hubo un último plazo: el director, por un sentimiento de humanidad, ó por un cálculo de prudencia, se atrevió á manifestar á la imperiosa Commune que una ejecucion en una casa de simple detencion seria un hecho contrario á todos los precedentes y á todas las formas. En su consecuencia, se ordenó suspenderla y trasladar todos los detenidos en Mazas á la cárcel de los condenados á muerte, á la Roquette.

Pero antes de unirnos al lúgubre cortejo, tenemos que contar una última escena, transición bendita entre el cautiverio y el suplicio.

Qué contraste, pero qué á propósito! Precisamente este día, la Providencia había inspirado á la caridad; y se concluían misteriosos preparativos en el otro extremo de la capital. Muy pronto, hácia mediodía, dos mujeres débiles é intrépidas, se encaminaban á través de las vastas calles desiertas, con dirección á Mazas. Y qué es lo que llevaban?

El Dios de los mártires. Esta vez, todas las medidas habían sido bien tomadas, el reparto fué completo; cada uno de nuestros prisioneros recibía cuatro sagradas hostias, envueltas en un corporal, como en un sudario, encerradas convenientemente en una cajita, con el bolsillito de seda provisto de un cordón para ser llevado al cuello. Viniendo á semejante hora, JESUS parecía repetir á sus siervos su palabra de otro tiempo: *Iterum venio et accipiam vos ad me ipsum.* (1) «Vuelvo, no ya para permanecer entre vosotros sino para llevaros conmigo.»

En cuanto á nuestros cautivos, no han podido escribirnos, esta vez, para atestiguarlos su reconocimiento; pero los oigo todavía exclamar con el P. Olivaint: «Cuán bueno es Dios Nuestro Señor!»

(1) Joan xiv, 3.

LA ROQUETTE Y LAS EJECUCIONES.

El martes 23 de mayo, un carcelero de Mazas nos hacía llegar un billete concebido en los siguientes términos: «Con gran pesar os remito vuestras cartas, porque aquellos señores no están ya en Mazas. Están en la Roquette desde ayer noche á las nueve. A mi llegada, he tenido la gran desgracia de saber esta mala noticia. Desde mi infancia, no había llorado, pero lloré ayer. Apesar de esto, me consoló un poco el ver que M. Ducoudray me había enviado un saludo por un compañero.»

Casi todos los rehenes fueron pues trasladados á la Roquette, conforme á las órdenes de la Commune, el lunes 22, á una hora bastante avanzada de la noche: algunos sin embargo, no pudieron serlo hasta el día siguiente: la medida era tan repentina, que las carretas no bastaron para el número total de víctimas. Hubo sin duda para los prisioneros, que desde tan largo tiempo no habían visto todavía y ni aun conocían á todos sus compañeros de infortunio, un instante de dulce sorpresa y enternecimiento, cuando, bajados de sus respectivos calabozos y reunidos en el despacho vinieron á contarse y reconocerse: sacerdotes, religiosos y seglares se agrupaban al rededor del arzobispo de París.

El trayecto fué largo y doloroso. Los prisioneros en número de unos cuarenta, estaban amontonados en los furgones de tras-

Pero antes de unirnos al lúgubre cortejo, tenemos que contar una última escena, transición bendita entre el cautiverio y el suplicio.

Qué contraste, pero qué á propósito! Precisamente este día, la Providencia había inspirado á la caridad; y se concluían misteriosos preparativos en el otro extremo de la capital. Muy pronto, hácia mediodía, dos mujeres débiles é intrépidas, se encaminaban á través de las vastas calles desiertas, con dirección á Mazas. Y qué es lo que llevaban?

El Dios de los mártires. Esta vez, todas las medidas habían sido bien tomadas, el reparto fué completo; cada uno de nuestros prisioneros recibía cuatro sagradas hostias, envueltas en un corporal, como en un sudario, encerradas convenientemente en una cajita, con el bolsillito de seda provisto de un cordon para ser llevado al cuello. Viniendo á semejante hora, JESUS parecia repetir á sus siervos su palabra de otro tiempo: *Iterum venio et accipiam vos ad me ipsum.* (1) «Vuelvo, no ya para permanecer entre vosotros sino para llevaros conmigo.»

En cuanto á nuestros cautivos, no han podido escribirnos, esta vez, para atestiguarnos su reconocimiento; pero los oigo todavía esclamar con el P. Olivaint: «Cuán bueno es Dios Nuestro Señor!»

(1) Joan xiv, 3.

LA ROQUETTE Y LAS EJECUCIONES.

El martes 23 de mayo, un carcelero de Mazas nos hacia llegar un billete concebido en los siguientes términos: « Con gran pesar os remito vuestras cartas, porque aquellos señores no están ya en Mazas. Están en la Roquette desde ayer noche á las nueve. A mi llegada, he tenido la gran desgracia de saber esta mala noticia. Desde mi infancia, no habia llorado, pero lloré ayer. Apesar de esto, me consoló un poco el ver que M. Ducoudray me habia enviado un saludo por un compañero. »

Casi todos los rehenes fueron pues trasladados á la Roquette, conforme á las órdenes de la Commune, el lunes 22, á una hora bastante avanzada de la noche: algunos sin embargo, no pudieron serlo hasta el día siguiente: la medida era tan repentina, que las carretas no bastaron para el número total de víctimas. Hubo sin duda para los prisioneros, que desde tan largo tiempo no habian visto todavía y ni aun conocian á todos sus compañeros de infortunio, un instante de dulce sorpresa y enternecimiento, cuando, bajados de sus respectivos calabozos y reunidos en el despacho vinieron á contarse y reconocerse: sacerdotes, religiosos y seglares se agrupaban al rededor del arzobispo de París.

El trayecto fué largo y doloroso. Los prisioneros en número de unos cuarenta, estaban amontonados en los furgones de tras-

porte pertenecientes al ferro-carril de Lyon, sobre simples banquetas de madera colocadas al través, espuestos á todas las miradas, á todas las injurias. Hubo que atravesar esos barrios populosos del faubourg San Antonio y de la Bastilla, en los que la insurreccion dominaba todavía. El convoy marchaba al paso, entre dos filas de hombres armados, perseguido por las groseras amenazas de una muchedumbre enloquecida. «Ay! Monseñor, dijo un sacerdote inclinándose hácia el arzobispo, hé aquí pues, á vuestro pueblo!»

La cárcel de la Roquette está, como se sabe, separada por la calle del mismo nombre, en dos divisiones completamente distintas. A la izquierda, yendo de la Bastilla al cementerio del Père-Lachaise, están los jóvenes detenidos; y á la derecha, los condenados. Los recién llegados debian pertenecer á esta última clase.

Era noche cerrada cuando nuestros prisioneros llegaron á su tercera y última estacion. Inmediatamente, sin ninguna otra formalidad, reunidos en un vestíbulo que sirve de meseta á la gran escalera de la casa, son todos llamados por su nombre; en el mismo momento un brigada, con una linterna en la mano, les introduce en un largo corredor del primer piso: á medida que desfilan por el orden en que son llamados, una puerta se abre y se vuelve á cerrar tras de cada preso. La oscuridad era profunda; cada cual debió tentar las paredes de su aposentillo y buscar á tientas su pobre cama.

Pero bueno es recordarlo, en varios calabozos, habia la presencia real de JESUS, de donde radian la luz y la paz.

El 23 de mayo, primer dia pasado en la Roquette, debia al pronto ser el último. La Commune reducida al último extremo

tenia prisa de concluir con sus víctimas. Se mandó pues, ejecutar inmediatamente á todos los presos llegados en la víspera. El director, muy poco celoso de semejante comision, eludió la orden, bajo el pretexto de un defecto de forma, y ganó á lo menos algunas horas.

Mientras tanto, apenas llegado el dia, los nuevos huéspedes de la Roquette hubieron pronto reconocido su domicilio de la noche. La inspeccion era fácil. Describiré lo que he visto.

En las pequeñísimas celdas, tocante á mobiliario hay una cama, y qué cama! Sobre groseras tablas, un jergon y una manta; y absolutamente nada mas, ni mesa, ni siquiera una silla. Se adivina al primer golpe de vista que aquel lugar no se habita, no se hace mas que pasar por él, el condenado aguarda su hora. Y sin embargo, la Roquette vale mucho mas que Mazas; al menos es una prision humana, las celdas no son tumbas y si se está allí encerrado, no se está enterrado. En lugar de las correspondencias exteriores, hay conversaciones en el interior: y, cuando la boca habla, el corazon respira y vive. Primeramente cada celda, por un lado por lo menos, no está separada de la contigua mas que por un ligero tabique que divide exactamente en dos la ventana comun: y no como en Mazas, una ventana en el techo fuera de alcance, sino una verdadera ventana de una elevacion conveniente para apoyarse. Allá, á la primera señal convenida, los dos vecinos se asoman, se hablan vis á vis y pueden, sin inspeccion alguna, cambiar sus confidencias y hasta una confesion. A mas, el reglamento de la casa admite recreaciones comunes. Si el tiempo es bueno, se hace bajar á las presos por una escalera de caracol, situada en el extremo del corredor, hasta el primer camino de ronda; cuando

hace mal tiempo, se pasean en el corredor de su piso respectivo, y hasta si quieren se retiran á los cuartos que permanecen abiertos. En una palabra, en aquella casa de muerte, hay vida, porque hay sociedad.

Ahora, trás esta rápida descripción de los lugares, no debo acreditar la relación de los últimos hechos por la autoridad de los testimonios? Sin duda yo por mí nada he visto. Pero la Providencia, salvando muchos rehenes de la Roquette, nos ha conservado testigos, y con doble reconocimiento citaré á Mr. Bayle, vicario general capitular de París, Mr. Petit, secretario del arzobispado, Mr. Perny del seminario de Misiones extranjeras, M. Amodru de la comunidad de Nuestra Señora de las Victorias y el P. Bazin de la Compañía de Jesús.

Que se me dispense además si continuo separando en mi narración las víctimas confundidas en adelante en un sacrificio común. No puedo acaso, constante conmigo mismo, guardar hasta el final la unidad de mi plan? Lo afirmo, no quiero mas á los unos que á los otros; solamente que estos son mis hermanos, los conozco, los amo mejor. Que sean los últimos de todos, consiento en ello y me conformo; serán con buen derecho los primeros en mi corazón.

Hacia las seis de la mañana, dióse según costumbre, la señal de levantarse. Pero nuestros prisioneros se habían adelantado mucho á esta hora para ellos demasiado tardía, y después de la oración, entreabriendo su pequeño tabernáculo portátil, habían ya gustado el pan de los fuertes. El día 23 de mayo se anunciaba espléndido; el cielo parecía de fiesta y la tierra estaba de luto; oíase el ruido cada vez mas próximo de la batalla y se veía el humo de los grandes incendios alumbrados durante la noche: París estaba á fuego y sangre.

De las ocho á las nueve tenía lugar la primera recreación del día, mientras que los mozos de servicio arreglaban los pobres cuartitos. Un rasgo común durante estos intervalos de descanso y de fusión, era la serenidad de un trato íntimo; los corazones se conmueven bien pronto en la comunidad de la fe y del peligro; se volvían á encontrar antiguas relaciones, y se contraían nuevas; se consolaban mutuamente y sobre todo se confesaban. Aquí los detalles se pierden un poco en el conjunto. Sin embargo he aquí algunas particularidades. «He visto á todos vuestros Padres y les he hablado, me escribe uno de los prisioneros escapados de la Roquette, los he admirado, estaban todos tranquilos y risueños en la tarde de su vida como en la aurora de un bello día; el P. de Bengy nada había perdido de su sangre fría y de su buen humor; el P. Caubert, de su recogimiento suave y modesto; el P. Clerc, de su generosa alegría; el P. Ducoudray, de su entereza sencilla y digna; el P. Olivaint, de su viva energía y de su radiosa paz.»

Sin embargo se observó enseguida una singular inclinación entre el Padre Clerc y el presidente Bonjean. Se adivina, de parte del P. Clerc había á la par una conquista que hacer y una deuda que pagar. Se conoce acaso otra venganza en la Compañía de Jesús?

Por un motivo completamente diferente, por un sentimiento de compasiva veneración, el P. Olivaint parecía adherirse sobre todo á la persona de Mons. el arzobispo de París. Algunas veces el infeliz prelado, debilitado por las privaciones y el sufrimiento, permanecía á mitad tendido sobre su pobre lecho; el P. Olivaint se sentaba á sus piés, y juntos hablaban del pasado y del presente; podían aun hablar del porvenir? Desde el

primer día, los víveres empezaron á faltar en la Roquette, el pan mismo se hacia raro. Sin duda la lucha de las calles que iba ganando terreno impedía el abastecimiento ordinario. El Padre Olivaint tomaba de las pequeñas provisiones que le quedaban todavía un poco de biscocho y pastillas de chocolate y las llevaba al Pastor desfallecido; y así era dado á un pobre religioso el hacer caridad á un arzobispo de París. Pero pudo prometerle mucho mas y mejor para el día siguiente, porque era rico de otro tesoro.

En efecto, el memorable día 24 de mayo, cuantos misteriosos *convites*, como los de los primitivos cristianos, tuvieron lugar!

Primeramente el P. Olivaint llevó la Sagrada Eucaristía á Mons. el arzobispo, cuyo piadoso reconocimiento no sería posible expresar. A ejemplo suyo, nuestros Padres, tan felices no ha mucho al recibir sus cuatro sagradas formas, no lo fueron menos en distribuirlas, y todos los sacerdotes, á lo menos los del mismo departamento, no partieron sin el viático.

El celo de las almas ocupaba todavía aquellos supremos instantes. Todos los rehenes seglares encerrados en aquel corredor se convirtieron y confesaron. He aquí la deposicion del mismo Mr. Bonjean. Durante la recreacion de la tarde, que tenia lugar generalmente en el primer camino de ronda, el Arzobispo fatigado de haber andado mucho tiempo, como no habia ningun sitio donde sentarse, se apoyó contra el pasamano de la escalerilla de caracol que conduce al corredor del piso principal. Uno de sus vicarios generales y M. Bonjean se acercaron á él; este último estaba radiante: « Monseñor, le dijo en seguida, he hablado muy mal de los jesuitas y les he perseguido ó al menos atacado judicialmente segun mi poder. Pues bien! han concluido por convertirme, el P. Clerc acaba de oír mi confesion.»

En el momento de llegar al sacrificio, recojamos de la boca del P. Ducoudray estas palabras llenas de inmortal esperanza: « Si somos fusilados, dijo á uno de los rehenes que han sobrevivido, el purgatorio no será largo. »

La Commune, desordenada y en derrota, atrincherada entonces en la alcaldía del undécimo distrito, no tenia fuerza mas que para el crimen: ah! tenia demasiada todavía! Frustrada la vispera, y desesperando mas y mas del día siguiente, ordena con urgencia para el mismo día la ejecucion en masa de todos los rehenes de la Roquette. A las seis de la tarde, á título de represalias, deben ser pasados por las armas mas de sesenta prisioneros. A esta intimacion extrema propia de desesperados que no tienen ya nada que perder, el jefe de la cárcel encuentra todavía medio de promover un incidente, esta vez sobre el fondo mas que sobre la forma. Se parlamenta, y despues de algunas idas y venidas entre la Roquette y la Alcaldía del undécimo distrito, la Commune consiente en diezmar solamente á los sesenta, con la condicion espresa de designar ella misma sus victimas preferidas. A todo precio, quiere sacerdotes, estos hombres que estorban al mundo hace mil ochocientos años; y por una estraña asociacion, el señor presidente Bonjean es inscrito en la lista. Cerca de dos horas se pasaron en estas pavorosas negociaciones.

Eran pues cerca de las ocho de la noche. Todos los prisioneros se encontraban en sus celdas con las puertas cerradas, no habia ya pues en el interior mas conversaciones que con el cielo. De pronto se oye á lo lejos un rumor confuso, que se iba aproximando mas y mas; voces de hombres y niños, clamores y risas todavía mas feroces se mezclaban al ruido de las armas. Eran

en efecto los ejecutores de las altas obras : para seis víctimas, no habia menos de cincuenta verdugos, vengadores de la República y Garibaldinos, soldados de todas armas y guardias nacionales de diversos uniformes, incluso esos niños terribles que se llaman los pilluelos de París. El destacamento penetra en el corredor del primer piso, cuarta division, en donde se encuentran nuestros queridos cautivos, lo recorre en toda su longitud, y va á alinearse en el extremo opuesto, en lo alto de aquella pequeña escalera giratoria que conduce al camino de ronda; al pasar, cada detenido habia recibido de antemano, por su postigo entreabierto, un insulto y una sentencia de muerte.

Entonces un personaje, haciendo oficio de heraldo, con voz estertórea, intima á los presos que se hallen dispuestos y que cada cual conteste al oír su nombre. Dicho esto, con la lista fatal en la mano, proclama al mismo tiempo, con la misma calificación para todos, y segun el orden numérico de las celdas, los seis condenados de la Commune. A medida que un nombre ha sido pronunciado, se abre una puerta y se entrega una víctima. M. Bonjean, M. Deguerry, M. Clerc, M. Ducoudray, M. Allard y M. Darboy fueron llamados sucesivamente.

Todos están presentes, todo está dispuesto, empieza el desfile. Mons. el arzobispo y sus compañeros, precedidos y seguidos de la horrorosa escolta, pasan y bajan uno á uno por la escalera estrecha y sombría, y al pié, se encuentran en este mismo camino de ronda donde no ha mucho tenian todavía su recreacion.

Hélos pues allí en fin á merced de una salvaje impiedad y de la mas brutal insolencia. Hasta uno de los oficiales de aquella innoble tropa hubo de intervenir, y, compasivo á su manera :
• Camaradas, exclamó, tenemos algo mejor que hacer que in-

jurarlos y es fusilarlos. Tal es el mandato de la Commune. »

Era tal lo arbitrario y desordenado de aquellos tiempos, que ni aun se habia fijado el lugar de la ejecucion. Cualquier sitio era bueno para derramar sangre. Se estuvo pues á punto de operar en el sitio mismo. Pero se advirtió que era demasiado cerca de la cárcel, bajo las ventanas mismas de los presos; habria allí demasiados testigos para el crimen. En efecto de todas aquellas ventanas, en todos los pisos, la mirada cae aplomada en el primer camino de ronda y los prisioneros que habian quedado en sus celdas asistian desde arriba á aquella escena de muerte, lo oian todo, lo veian todo. Se decidió pues que se pasaria al segundo camino de ronda, en donde se estaria al abrigo de dos altas murallas. Pónense en movimiento; un brigada abre la marcha, detrás de él se adelantan los que van á morir, agrupados de esta manera : el señor arzobispo de París da el brazo á M. Bonjean, el P. Ducoudray y el P. Clerc acompañan y sostienen por ambos lados al venerable cura párroco de la Magdalena, cargado con sus ochenta años, viene en fin el señor abate Allard; despues, al rededor y detrás, los hombres y niños armados, en desordenado tropel. Durante este transcurso, en una de las ventanas del piso principal, uno de los presos agitó su pañuelo en señal de despedida; el P. Ducoudray se volvió hácia él y lo saludó con un gesto. Se le vió enseguida entreabrir lo alto de su sotana, llevarse la mano al pecho, recogerse, tomar en la bolsita suspendida en su cuello el viático para la vida eterna; y con JESUS en el corazon, fué á ocultar su vida en el seno de Dios.

En el extremo del primer camino de ronda, hubo una parada forzosa, fué necesario forzar la puerta que introduce al se-

gundo. A partir de este punto, las víctimas desaparecieron, y no quedaron mas que testigos que no vendrán á deponer: los ejecutores mismos. Se sabe solamente que se tuvo todavía que recorrer todo este segundo camino de ronda en toda su longitud, en sentido inverso del primero, hasta el ángulo sudeste. Se cuenta también que el generoso P. Alejo Clerc, que tanto habia deseado rendir al nombre de Jesus el mas excelente testimonio, el de su sangre, abrió su sotana y presentó su corazón para recibir la muerte. Se vé en fin, por los surcos profundos de las balas perdidas, que las víctimas debieron ser alineados en una fila, al pié de la alta muralla del recinto.

Entre tanto, en los cuartos de la cárcel ¡qué horrible ansiedad! De rodillas, se oraba, se escuchaba, respirando á penas. Se oía un fuego de peloton, despues algunos tiros sueltos. ¡Todo habia concluido, no habia ya víctimas sino mártires!

La noche, principiada con angustias, se pasó en una continua alarma.

Bajo el reinado de la Commune, el asesinato no iba sin la rapiña. Una vez terminada la ejecucion, un puñado de asesinos, bajo la direccion de algunos guardianes, vuelven al corredor del primer piso, penetran en las seis celdas vacías, y arrebatan todo lo que las víctimas han dejado en ellas.

Un carcelero, habiendo encontrado en el n.º 7, ocupado por el P. Ducoudray, algunos papeles que le parecían sin valor, fué al momento á depositarlos entre las manos del P. Olivaint. Este, á su vista, esclama vivamente: «¡Un crimen!» — «¡Tened cuidado y callaos!» contesta el otro, y cierra inmediatamente la puerta con gruesos cerrojos.

Hácia la media noche, se movió gran ruido al rededor de

los prisioneros. ¿Era esto una nueva tentativa de invasion? Pero pronto las rejas, de los extremos del corredor, y las puertas de todas las avenidas se cerraron con estrépito, y se distinguieron estas palabras pronunciadas en tono de mando: «Si vuelven todavía, prohibo que se les abra.» Esto era solamente partida aplazada.

Un poco mas tarde en fin, se percibió el sordo rodar de un carruaje á lo largo del segundo camino de ronda. Se levantaban los seis sangrientos despojos. Los cuerpos arrojados, mejor que colocados sobre una carreta, llegaron hácia las tres de la mañana al cementerio del Père-Lachaise; y allá, sin féretros, sin ceremonia alguna, fueron enterrados todos revueltos en la fosa comun, en la estremidad de una larga trinchera abierta en el ángulo sud este del cementerio, completamente junto al muro de recinto.

El dia 25 de mayo, y en adelante la vida en la Roquette, no podia ser ya mas que una lenta agonía. No debia cada cual por su cuenta decirse: «Muero á todas horas del dia y de la noche?» Sin embargo la Commune se encontraba ya casi cercada en su alcaldía del undécimo distrito por el ejército libertador, y sus mensajes de muerte rompian con dificultad el círculo de hierro y de fuego. Uno solo de los rehenes seglar fué arrebatado en la madrugada y no volvió. En revancha, será necesaria mañana una hecatombe.

Esperando esta hora suprema, nuestros predestinados á la muerte conservaron una calma y una serenidad inalterables, indicios del verdadero valor y de la paz íntima de sus almas. He aquí algunos rasgos que me parecen característicos.

El señor abate Petit, secretario del arzobispado de París, ve-

cino de cuarto del P. Caubert, me refiere que, en aquellos últimos momentos, entre la vida y la muerte, daba de tiempo en tiempo un golpecito sobre el tabique que los separaba; era la señal convenida. El P. Caubert iba al momento á la ventana, y segun una bella y dulce locucion de la Sagrada Escritura, *hablaba la paz*, pero tan bien, que la comunicaba. Muy pronto no contento con hablar se puso á cantar: « ¡Tomad! dijo, para animarnos, pongámonos á cantar el Sagrado Corazon »: y habiendo pasado á M. Petit un piadoso cántico del P. Lefebvre, cantaron á dos voces y con un mismo corazon la siguiente estrofa apropiada á las circunstancias:

Concedednos, ¡oh Señor!
Esta gracia incomparable
De vuestro divino amor;
Buena muerte y un buen fin
En el corazon adorable
De Jesus, nuestro Hacedor.

Se dice que el P. de Bengy no creia en el asesinato de los rehenes. Hé aqui sin embargo, la prueba de que se preparaba para ello. Durante los cuatro dias que pasó en la Roquette, dijo hablando con uno de sus compañeros: « Creia en otro tiempo, le dijo, haber llegado, en mis retiros, á ese grado de indiferencia que nos pide San Ignacio, relativamente á la vida y la muerte. Pero he reconocido en Mazas, que no estaba todavía en él; y me han sido necesarios varios dias de meditacion y oracion para alcanzarlo. Ahora, gracias á Dios, creo haber llegado al estremo. » Y poco despues, la vispera quizás de la ejecucion: « Bendito sea Dios! dijo al mismo confidente; creo no solamente estar completamente indiferente entre la vida y la

muerte; sino que me parece preferiria morir, si Dios me dejase la eleccion. »

« El jueves á mediodía, escribe el señor abate Lamazon, se nos permitió una recreacion comun en el mismo patio que la vispera. Los rostros están mas tristes, pero los corazones tienen igual firmeza. Los seglares manifiestan á los eclesiásticos una cordial simpatía y demuestran la misma serenidad. Se vé claramente que todos ponen en Dios su única esperanza, y que esta confianza no es una palabra vana. Hablo veinte minutos con el P. Olivaint: herido en sus mas caras afecciones, conserva todavia en sus labios una graciosa sonrisa; renunció á describir su cara y á reproducir su conversacion. Su rostro tenia algo de verdaderamente ideal, y su palabra era la de un ángel. A propuesta de Mons. Surat, de M. Bayle y del P. Olivaint, los sacerdotes hacen voto, si Dios se digna arrancarles de la muerte, de celebrar durante tres años, el primer sábado de cada mes, una misa de accion de gracias en honor de la santísima Virgen. »

Despues de este testimonio del señor abate Lamazon, tenemos la satisfaccion de reproducir aquí el de un distinguido miembro de la Universidad, que nos dirige las siguientes lineas:

« Recogeis con piadoso cuidado los testimonios y recuerdos que se refieren á los últimos momentos de los miembros de vuestra Compañía, víctimas de los asesinatos de la Roquette en la siniestra semana del 22 al 28 de mayo. Me hago un deber en contestar á vuestro llamamiento, por lo que concierne al padre Olivaint, al que me ha sido dado ver de mas cerca y hablar en aquella hora suprema.

«Antiguo condiscípulo del P. Olivaint en la escuela normal, hacia treinta y cuatro años que no lo habia vuelto á ver cuando nos hemos encontrado en la cárcel de la Roquette, el miércoles 24 de mayo, á la hora del paseo en comun de todos los rehenes. El fué quien se me vino á dar á conocer, estrecharme la mano y abrazarme con efusion, no sin un recuerdo melancólico sobre las dolorosas circunstancias de esta estraña entrevista, en semejante lugar, y despues de una vida por ambos lados tan diversamente agitada. Despues, cogiéndome á parte, el P. Olivaint, su mano en la mia, con un tono á la vez afectuoso y grave, me tuvo el lenguaje de un sacerdote y de un amigo, y quiso asegurarse de si yo comprendia como él nuestra situacion y lo que nos quedaba que hacer. Evidentemente su sacrificio estaba hecho: desde la antevíspera, no conservaba ninguna ilusion, ningun resto de esperanza; y su firme amistad no trató de disimular un sentimiento de satisfaccion cuando le confesé que veía las cosas lo mismo que él, que en total nada nos separaba en aquel supremo momento, y que habia tenido la dicha de encontrar ya cerca de mi compañero de celda, Padre de las misiones estrangeras, lo que le habria pedido á él mismo si nuestro encuentro hubiese tenido lugar un dia antes.

«Muy bien, mi querido camarada, me dijo con su tranquila sonrisa; pero me parece que me perteneciais, y que tengo un poco el derecho de estar celoso.»

«He vuelto á ver al P. Olivaint al dia siguiente jueves, despues de la muerte del señor Arzobispo, y tambien el viernes, dia en el cual debia él mismo sufrir el martirio. He tenido la triste felicidad de conversar cada vez largo rato con él: sin insistir sobre la inminencia demasiado visible del peligro, apartaba

evidentemente el pensamiento de su interlocutor, como el suyo propio, de todo lo que hubiese podido despertar vanas esperanzas; y su valerosa caridad se dedicaba á hacer mirar frente á frente un destino por decirlo así inevitable, á poner el corazon al nivel de la última lucha. Dando de barato su propia vida, rebajaba su sacrificio, él, sacerdote de la Iglesia militante, á las proporciones mas sencillas y modestas; y, para sostener algunas flaquezas bien naturales, casi legítimas, al escucharle, se estendia en levantar y engrandecer nuestro sacrificio que los lazos de la sangre y de la familia parecian hacer mas difícil de cumplir. «En estas condiciones, decia, una muerte cristiana es verdaderamente como un segundo bautismo; y se puede uno abandonar con la mas entera confianza en la misericordia de Dios.»

«Tengo el doloroso pesar de no haber podido estrecharle por última vez la mano en el momento del fúnebre llamamiento. Todos los que se han encontrado junto á él en aquella hora suprema han dado testimonio de la firmeza tranquila y serena, de la heróica sencillez de que ha dado prueba. Si, segun se cuenta, ha marchado á la cabeza de las víctimas desde la Roquette hasta el lugar del suplicio, bien digno era de este puesto de honor, y nadie podia mejor que él dar á sus compañeros el ejemplo y el valor del martirio.»

El señor abate Bayle, Vicario general capitular de Paris, me refiere tambien una última confidencia del P. Olivaint. Pasaban juntos la recreacion: «Verdaderamente, me siento gozoso, le decia el Padre, con yo no sé que expansion; me acuerdo lo que refiere san Francisco de Sales: cuando, atrevesando el lago de Ginebra en una barquilla, fué asaltado por una gran

tempestad, se regocijaba de no estar separado del abismo mas que por una débil tabla, porque así no estaba sostenido mas que por la mano de Dios. ¡Pues bien! nuestra vida pende de un hilo; pero este hilo, es Dios mismo y Dios solo quien lo sostiene. ¡Oh cuán feliz soy de estar entre las manos de Nuestro Señor!»

¿No es este acaso el momento de traer á la memoria algunos recuerdos y presentimientos, antes de referir el último acto que los realizó y los consumó? Desde largo tiempo atrás el P. Olivaint llevaba ya en sí como el instinto del martirio.

Desde su entrada en la Compañía, como uno de sus amigos tuviese alguna veleidad de seguirle: «Veamos, le pregunta, el P. Olivaint con viveza, decidme: estais dispuesto á ser enroddado por el amor de JESUCRISTO?—No, dijo el otro.—Pues bien! le contestó, permaneced donde estais y no vengais á donde voy. No teneis vocacion.»

A propósito de las persecuciones incesantes y hasta de las últimas desgracias posibles: «Qué le importa, exclamó, á un jesuita que sacrifica su corazon todos los dias, el tener que dar una vez su cabeza?»

Al principio de la insurreccion de París, cuando aquella pacífica demostracion de la plaza Vendôme, cuyo resultado fué tan trágico, el jóven Pablo Odelin, uno de sus mas queridos hijos de Vaugirard, habia caido en la primera fila, mortalmente herido. El P. Olivaint acudió al momento, los ojos bañados en lágrimas, y besando en la frente al generoso niño que no existia ya: «Oh mi querido Pablo, dijo, descansad en paz. Y yo, que quisiera estar en vuestro lugar!»

La última vez probablemente que hablaba en público, bien

poco tiempo antes de su arresto, despues de haber aludido á nuestras desgracias, merecidas por nuestras faltas nacionales, añadió de pronto con acento profético: «Y ahora es indispensable á nuestra Francia lo que fué necesario al mundo, el rescate por la sangre; no por la sangre de los culpables, que se pierde en el suelo y queda muda é infecunda, sino por la de los justos que clama al cielo, conjurando la justicia é invocando la misericordia.»

En fin, me acuerdo de ello y creo oirle todavía, en nuestras últimas conversaciones, el P. Olivaint me daba parte de sus proyectos y de la actitud que debia tomar, si iban á cogerle é interpelarle. «Ante todo, me decia, quiero colocarme en mi terreno y darme por lo que soy: ciudadano francés sin duda, pero sacerdote y jesuita; porque bajo este último título es como vivo y quiero morir.—Sea, se le contestó, *moriatur in simplicitate nostra*; si es necesario morir y no es posible evitarlo, muramos por completo y caigamos de una vez.»

Constante consigo mismo, el P. Olivaint, en el umbral de la Conserjería, manifestó todos sus títulos con voz firme y sonora: «Pedro Olivaint, sacerdote y jesuita.»

Está bien! ó Padre mio; ahora todavía un paso mas, y la palma es vuestra.

El 26 de mayo caía justamente en viérnes; el dia no podia ser mejor escogido; así tambien, esta vez, la muerte iba á estar acompañada de una pasion llena de ignominias y sufrimientos. Las víctimas tendrán que andar y subir, para ir á encontrar bien léjos su calvario.

El tiempo estaba lluvioso. Para la recreacion del medio dia, no se permitió á los prisioneros el bajar al camino de ron-

da, sino solamente el pasearse en el corredor mismo, en medio de sus celdas.

De pronto aparece un delegado de la Commune; se adelanta con aire desenvuelto, teniendo una lista en la mano, y va á colocarse en medio del corredor, en un espacio que ocupaba el ancho de dos celdas el cual se habia dejado libre para dar luz al interior.

Todos los prisioneros son agrupados en frente.

El personaje oficial anuncia desde luego, como una cosa muy sencilla, que le hacen falta quince nombres, ni mas ni menos; que responda cada cual al suyo.

El P. Olivaint es llamado el primero: «Presente», dijo en el momento atravesando el corredor; y va á colocarse frente á frente de los presos para empezar el grupo de las víctimas.

El P. Caubert, llamado el segundo, en lugar de responder inmediatamente, entra en su celda para tomar en ella algun objeto, quizás el divino viático en la entrada del camino doloroso. El triste heraldo de la Commune levanta la cabeza y dándose un aire chancero esclama: «Pero señores, os lo ruego, no estéis asustados.» — Y aun cuando lo estuviéremos, le contesta

un sacerdote jóven, ciertamente con vos estamos por ello bien pagados.» Al cabo de un momento, el P. Caubert reapareció y fué tranquilamente á coger su puesto junto al P. Olivaint.

El nombre del P. de Bengy, que era el tercero en lista, mal escrito, fué todavía peor pronunciado.

Se contentó pues, con responder con completa naturalidad: «Si quereis decir de Bengy, soy yo, hémé aqui.»

Terminada la lista, como los condenados pidiesen entrar primero en sus celdas para hacer á toda prisa algunos preparativos

de marcha (muchos estaban en zapatillas y sin sombrero): «No, no, se les contestó, para lo que os queda que hacer, estais bien de este modo. Seguidme, bajemos al despacho y partamos.»

A las quince víctimas recogidas en el corredor del primer piso de la cuarta division, se añadieron otras, sacadas en las otras secciones de la Roquette, y se obtuvo así unas cincuenta, cifra exigida por la Commune.

Se emprendió la marcha.

El P. Olivaint notó entonces que tenia todavía en la mano su breviario. Llegado á la puerta exterior de la cárcel, comprendió que desde aquel momento no tendria ya necesidad de él, y sin duda para sustraerlo á una profanacion, lo presentó al bravo conserje de la casa, diciéndole: «Tomad, amigo mio, hé aquí mi libro.» Este lo aceptó, pero un capitán de la guardia nacional se lo arrancó en el mismo momento de las manos y lo arrojó al fuego. El conserje lo retiró de él, en cuanto se vió libre de la vigilancia de aquellos miserables. Quería guardarlo como una reliquia y rechazó las seductoras ofertas de un alto personaje que le envidiaba la posesion de aquel piadoso tesoro. Pero, despues, se ha deshecho de él en favor nuestro, sin que fuera posible hacerle aceptar ninguna gratificacion. Es el breviario grande en 4.º que todos conocemos; lo conservamos en la calle de Sèvres, medio quemado, pero tanto mas precioso para los hermanos del P. Olivaint.

Entre tanto los detenidos que quedaban todavía en la cárcel prestaban en vano oído atento á las ventanas de sus celdas; ninguna detonacion fué á anunciarles que se habia consumado un segundo holocausto. Se les dijo luego que la ejecucion debia tener lugar en Belleville.

Todo el mundo se pregunta la razon de esta medida: y para qué ir tan léjos?

Era para realzar la fuerza moral de los combatientes en aquellos últimos atrincheramientos de la insurreccion, trasformando los rehenes en prisioneros y hacer creer todavía en la victoria en medio mismo de la derrota? Era para sobrescitar las pasiones estremas? Porque el pueblo se emborracha con el vapor de la sangre. No era quizás únicamente para prolongar la agonía antes del suplicio? Solamente los miembros de la Commune podrian respondernos.

Aquí son indispensables algunas indicaciones topográficas; estaremos de este modo en el teatro mismo del crimen y podremos asistir al sangriento drama de la calle Haxo. Está la tal calle léjos, muy léjos de la Roquette, tres kilómetros quizás, y son indispensables á lo menos tres cuartos de hora para franquear este intervalo. El camino de un extremo al otro es casi todo en cuesta y hasta en algunos sitios rápida. En aquellos barrios retirados, el bajo pueblo hormiguea por las calles: Belleville simple arrabal, es una verdadera poblacion de 55,000 habitantes, situado entre la Villette que cuenta 71,000 y Menilmontant que tiene mas de 40,000.

Tenemos que seguir el siguiente itinerario, fácil de trazar sobre un plano de Paris. Saliendo de la cárcel, tómesese á la derecha la calle de la Roquette hasta el cementerio del Père-Lachaise, despues el boulevard á la izquierda, la calle de los Almendros, la calzada de Menilmontant, hasta el boulevard Puebla; sígase este boulevard hasta la interseccion de la calle de las Regueras para desembocar en la calle de Belleville cerca de la alcaldía del vigésimo distrito; despues de haber andado todavía bas-

tante tiempo por esta última calle, se encontrará la calle Haxo; gírese á la derecha y se llega al n.º 85; allí está la Cité-Vincennes, sobre la meseta de san Fargeau, entre Belleville y Menilmontant.

La Cité-Vincennes, segun costumbre admitida, está separada de la calle Haxo por una verja que queda abierta durante el dia. Despues de haber atravesado un espacio cercado de casitas y huertecitos se llega á un gran patio, frente á un edificio bastante vasto aunque de mediana apariencia, el cual habia servido al estado mayor del segundo sector durante el sitio de Paris y se habia convertido en un cuartel general desde la insurreccion parisiense. Mas allá, sobre la izquierda, se penetra en una especie de terreno baldío, en donde se distingue un espacio oblongo, descubierto, pero cerrado en el fondo, sobre el lado que costea la calle del Borrégo, por altas murallas, y por delante con una simple pared de basamento, destinada sin duda á suportar un enrejado. Es una sala de baile campestre en construccion. Mucha distancia hay, pero no tanta como pudiera creerse, del destino de este local á su uso. En fin, en medio de este terreno desigual y todavía obstruido con los materiales en desórden, se abre un respiradero cuadrado dando sobre un futuro foso de letrina.

Volvamos á coger el hilo de nuestra relacion.

El cortejo salia de la Roquette y se ponía en movimiento poco despues de las cuatro, puesto que á las cuatro y media desfilaba ya por la calzada de Menilmontant. A la cabeza, cincuenta pasos delante, marchaba un guardia, con la cabeza descubierta, anunciando en alta voz que se conducian allí gentes desarmadas; versalleses hechos prisioneros por la mañana en la Bastilla, y que recomendaba á los ciudadanos la calma de la

fuerza y la dignidad de la victoria. Venían enseguida los condenados, en hilera, y dos á dos, teniendo el aire muy tranquilo. Se les aseguraba que eran solamente trasladados á un sitio mas seguro que la Roquette y que no se les haria daño alguno. Felices á la verdad los que habian puesto en otro lado su confianza! En este largo convoy, no se observaban mas que un pequeño número de sacerdotes con sotana, cuatro ó cinco próximamente; los demás vestian traje seglar. La escolta al rededor y detrás se componia de ciento cincuenta hombres armados, guardias nacionales del batallon n.º 173, á los cuales se habian unido, para tan bella ocasion, *Niños perdidos* de Bergetret y otros bandidos de toda clase de nombres.

Al principio, durante el tránsito del cortejo, sea consternacion, sea pánico, se cerraban tiendas y ventanas; pero pronto cambió la escena. A la altura del boulevard Puebla, las mujeres y los niños acuden, afluyen, rodean las filas y persiguen á las victimas con imprecaciones y mil gritos de muerte. Las heroínas de la Commune van á hacer desde este momento en gran parte el gasto de la horrible espedicion. Donde están ahora aquellas vírgenes modestas y llenas de abnegacion, que hemos encontrado no ha mucho llevando á nuestros queridos cautivos el pan de la tierra y el del cielo? La religion levanta la mujer por encima de su sexo, y alguna vez hasta por encima del nuestro; la impiedad la degrada siempre y la deprime hasta por debajo de la naturaleza. No tenemos ya mas que bacantes, ébrias de lujuria y trasformadas con la carnicería, verdaderas furias, con la blasfemia en la boca y el revolver en el puño. La muchedumbre iba engruesando de cada momento, la prisa era estremada; los guardias tenian que luchar para proteger á las víc-

timas, no contra los insultos, sino contra las últimas violencias.

Se llegó á la calle de Belleville entre la iglesia y la alcaldía del vigésimo distrito. Allí, el cortejo hizo un alto, y como los gritos del pueblo se hacian mas amenazadores, se estuvo en el caso de llegar sin tardanza al desenlace. Sin embargo se prosigue la marcha y para acallar un poco los clamores de la muchedumbre, ó para dar mas solemnidad al acto, se añade al cortejo una música militar, cornetas, acompañadas de tambor, tocan una marcha y se va al suplicio como se iria á un espectáculo.

Pero no me es posible ya, en medio de este horrible altercado entrever todavía una vez á mis hermanos que van á morir? Testigos oculares han observado y me han señalado en las filas á las victimas, un sacerdote dando el brazo á un seglar, que parecia estenuado de fatiga. Ah! reconozco perfectamente á los dos: el P. Cauber, cuyo valor era mayor que sus fuerzas, se apoyaba en el brazo del P. Olivaint, su superior, su hermano y su amigo. Indiferentes al ruido de la muchedumbre, oraban y hablaban dulcemente como si hubiesen estado solos, y sin duda se ocupaban todavía de la familia que abandonaban y ya de la que iban á encontrar en el cielo.

Bien cerca de ellos marchaba el P. de Bengy, la cabeza levantada siempre y el corazon dilatado.

Antes de llegar á la calle de Haxo, hubo todavía un momento de perplegidad. Se fué á dar con una barricada armada con una ametralladora.

Fué enseguida cuestion de concluirlo todo con un solo golpe. Pero se cambia de opinion se está por fin en el término, cerca de la entrada de la Cité-Vincennes. El pasaje es estrecho, la multitud enorme y mas furiosa á medida que el desenlace está

mas próximo, allí mismo, un anciano sacerdote, que tenía trabajo en seguir, es violentamente arrancado al triste cortejo, muerto por una mujer de un tiro de revólver y arrastrado hasta el lugar de la ejecución general.

Ya todo aquel sitio próximo que hemos descrito estaba ocupado, invadido por los hombres armados, las mujeres y los niños. Se hace entrar á las cincuenta víctimas, se les empuja brutalmente en aquella desgraciada sala de baile y se les acorrala completamente revueltos junto al gran muro del fondo. Por un instante dos oficiales cubiertos de galones quieren interponerse y ganar tiempo; pero violentamente inerpelados, amenazados ellos mismos de ser fusilados antes que los otros, no escapan de la muerte mas que con la fuga.

Entonces, hácia las seis de la tarde, pasó en la Cité-Vincennes, una última escena absolutamente indescriptible, no una ejecución, una matanza. No se fusilaba, se asesinaba, y las odiosas mujeres hicieron casi tanto como los hombres. Sin poder distinguir nada, se percibían á la vez las detonaciones multiplicadas de los revólvers dominando los chirridos de los chassepots, las vociferaciones de los verdugos y los gemidos de las víctimas. El gran tumulto duró próximamente un cuarto de hora. Largo tiempo se cebaron todavía sobre los muertos; en fin, después de haberles saqueado y despedazado á placer, se les precipita completamente al azar en la innoble cueva, y sin remordimientos van á lavarse la sangre que tiñe sus manos en todos los arroyuelos de Menilmontant y de Belleville.

Oh! Padre nuestro, que estás en los cielos, *perdónalos porque no saben lo que hacen!*

Pocos dias después, visitábamos ese teatro de un gran crimen, que habia vuelto á quedar silencioso y desierto; contemplábamos con melancólica mirada aquel único testigo mudo de tantas agonías, aquel gran muro del fondo acribillado de balas y manchado con sangre, y aquel horrible agujero abierto en medio! Pero en el momento, corrigiendo la impresion de la naturaleza y elevando nuestros pensamientos por la fé: el suplicio, nos dijimos, no ha sido mas que un martirio, y ya la espacion ha cubierto el crimen.

Hermanos queridísimos, hemos llorado por vosotros en tanto que no habiais concluido de combatir; no lloramos ya desde que habeis empezado á triunfar; y sobre ese sepulcro extraño, y sin embargo glorioso, en que habeis descansado tres dias, depositaremos una palma tanto en señal de recuerdo como de esperanza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

EPÍLOGO.

La Commune se reservaba una nueva y última hecatombe para el día 27 de mayo; el sábado, vispera de Pentecostés, se debía por fin vaciar la cárcel. Pero la sangre inocente había corrido ya por dos veces, y conforme lo había anunciado el P. Olivaint, casi al mismo tiempo se abrió un claro en el cielo y una pacificación en la tierra. El sábado 27, la victoria estaba decidida, y el domingo 28, fiesta de Pentecostés, fué completada. No existía ya la Commune; París pertenecía de nuevo á sí mismo y á Francia. Es verdad, cuatro víctimas todavía, entre cuyo número Mon. Surat, primer vicario general de la diócesis, que salió demasiado pronto durante la noche del 27, cayeron bajo los muros mismos de la Roquette. Pero al día siguiente, la division del general Bruat se apodera de la posicion; las puertas se abren y ciento sesenta y nueve rehenes recobran la libertad y la vida.

Despues de haber salvado á los sobrevivientes, ocupose de encontrar á los muertos.

Los detalles que vamos á dar están textualmente estraidos de la informacion oficial redactada por orden del general Ladmirault, por el P. Escalle, de la Compania de Jesus, cura castrense en el primer cuerpo de ejército. El que refiere el hecho no solamente ha asistido, sino que ha presidido la triste operacion.

Nuestras tropas, dueñas ya de la Roquette, acababan apenas de ocupar el cementerio del Père-Lachaise; algunos tiros aislados sonaban todavía aquí y allá, y ya, hácia las ocho de la mañana se hacia una escavacion en la trinchera abierta en el ángulo sudeste, completamente junto al muro de recinto. No se tardó en descubrir, bajo metro y medio de tierra humedecida por las recientes lluvias, los cuerpos de las seis víctimas, colocados á través, tres á tres, opuestos por los piés, y medio amontonados unos sobre otros, para economizar el puesto en la fosa comun; de un lado Mons. el Arzobispo, el P. Ducoudray y el P. Clerc; por otro, frente á frente, M. Bonjean, M. Deguerry y M. Allard. Las ropas manchadas con un lodo sangriento, habían sido desgarradas; los cuerpos aunque muy maltratados, estaban todavía bastante reconocibles. Se les colocó en seguida en féretros provisionales: M. Bonjean y M. Allard quedaron en la capilla misma del cementerio; y bajo una escolta de honor y seguridad, Mons. el arzobispo y M. Deguerry fueron trasladados al arzobispado calle de Grenelle, y los PP. Ducoudray y Clerc á nuestra casa de la calle de Sèvres.

El reconocimiento del día siguiente en Belleville fué mucho más difícil y laborioso; casi todo el día 29 se pasó en pesquisas, y una vez sobre el lugar mismo de la ejecucion, el registro no duró menos de tres horas. Se procedia al desarme de aquel barrio, la poblacion parecia todavía inquieta y hostil. El padre Escalle pidió al comandante militar una seccion de hombres de buena voluntad; vá por otra parte acompañado por el P. Bazin, salvado la vispera de la Roquette, por M. Lauras, gefe de lo contencioso de la Compania del Ferro-carril de Orleans, y M. Enrique Colombel, doctor en medicina, el uno cuñado y el

otro amigo del P. Caubert, en fin por algunos oficiales de voluntarios del Sena.

Mucho costó al principio saber donde se habia cometido el crimen. Los soldados no sabian, los habitantes no querian decir nada: cada cual temia comprometerse, y, dándose como testigo, pasar por actor y cómplice. En fin, á fuerza de investigaciones, se está sobre el terreno. Se trataba entonces de extraer y reconocer una á una las cincuenta víctimas amontonadas en el horrible foso. Se practicó una nueva abertura en la bóveda; se introdujo una escalera que llegaba al suelo, y el intrépido doctor Colombel y sus bravos oficiales penetran y trabajan en aquel abismo de muerte, en donde hay ya una fermentacion de tres dias y tres noches. Hé aquí ya todos esos cuerpos alineados en el suelo y vueltos á la luz, pero tan desfigurados por el suplicio que apenas conservan todavía forma humana, y solamente con ayuda de los vestidos ó de algun otro signo accesorio es como se puede comprobar la identidad de las personas. Así solamente es como se pudo reconocer á los PP. Olivaint, Caubert y de Bengy, y el lunes 29 de mayo, entre nueve y diez de la noche, tres nuevos féretros fueron conducidos á la calle de Sèvres: los otros dos los aguardaban en la capilla dedicada á los Santos Mártires.

El mismo dia, volvia yo á París. Hasta la vispera solamente y hácia mediodía, no nos llegó por telégrama á Versalles la noticia de la doble catástrofe del 24 y 26. El P. Bazin, saliendo de la Roquette, vino pronto á confirmarla. Pedimos inmediatamente y obtuvimos el permiso de entrar en París para un asunto urgente. A través de las ruinas todavía humeantes, corremos á la calle de Sèvres. El P. Lefebvre, fiel guardian, custodiaba

aun el postigo de la casa abandonada. Casi al mismo tiempo y como por encanto, los hermanos separados y dispersos se reunian bajo el techo comun, con dulce gozo, mezclado de amarga tristeza. Cuántos vacíos y que vacíos entre nosotros!

El dia siguiente fué por completo consagrado á diversos preparativos.

En fin, el miércoles 31 de mayo, tuvo lugar la suprema ceremonia, con la solemnidad que comporta la sencillez de nuestros usos y la desgracia de los tiempos. A lo menos la iglesia de JESUS, cerrada, como tantas otras, hacia cerca de dos meses, se volvió á abrir bajo los auspicios del martirio. Se llenó tambien, y muchas lágrimas atestiguaron que las víctimas tenian muchos amigos. Cuatro ataúdes estaban colocados sobre un túmulo en la parte baja del coro, cubiertos con un paño y llevando cada uno la corona de siemprevivas tan bien merecida; el quinto habia sido introducido bajo un catafalco colocado mas adelante en la nave. El vasto coro estaba lleno de sacerdotes y religiosos que reaparecian á la luz como al salir de las catacumbas, de diputados venidos espresamente de Versalles y oficiales que se llamaban todavía los hijos del P. Olivaint y del P. Ducoudray. Despues del oficio salmodiado, subí al sagrado altar y durante el santo sacrificio reuní estos cinco nombres: Pedro, Leon, Juan, Alejo y Anatolio, asociados por la muerte y que habian venido á ser inseparables en la verdadera vida. El venerable M. Hamon, cura párroco de San Sulpicio, tuvo á bien, antes de la ceremonia de la absolucion, dirigir á la asistencia una viva y piadosa alocucion. Pero la sangre de los mártires, no hablaba ya bien alto de por sí?

Un conmovedor episodio vino á cerrar la dolorosa ceremonia

del Monte-Parnaso. Una gran multitud piadosamente simpática habia seguido el cortejo hasta el cementerio en que iban á ser depositados los cuerpos al menos por algun tiempo ; todos los ritos sagrados estaban cumplidos ; un jóven, un antiguo alumno de Vaugirard, pide hablar en nombre de todos sus amigos de colegio. Ciertamente, tenia derecho á ello. M. Eugenio de Germiny, hoy dia abogado en los tribunales de París, debió ser, si hubiese habido necesidad, el abogado del P. Olivaint ; y yo no sé que hubiese sido mas glorioso para este el ser defendido por uno de sus hijos, ó para aquel el defender á su padre. Pero ya lo hemos visto, en la Conserjería no hubo ni aun acusador ; en Mazas no hubo ni aun juez ; no hubo mas que verdugos en la Roquette. En lugar de una defensa, M. Eugenio de Germiny no tuvo que pronunciar mas que una oracion fúnebre. Se adelantó al borde de la tumba en donde acababan de bajar cinco féretros, y completamente pálido, temblando de emocion, dirigió su adios postrero á los amigos de su infancia :

MIS REVERENDOS PADRES.

SEÑORES,

« Quizás vuestras lágrimas no pidieran mas que el recogimiento y el silencio. Pero estos hombres que ahí estan, estos sacerdotes, estos compañeros de JESUS, son los que me han educado. Los antiguos alumnos de los Jesuitas no me perdonarian, si, en semejante momento, yo callaba nuestro reconocimiento y nuestros pesares ; y para mí, en el instante en que voy á separarme de mis antiguos maestros, no puedo, no, no puedo marcharme sin hablarles todavía una vez.

« Ah ! Señores, los que aquí llorais, son víctima de nuestras discordias civiles ; religiosos, parientes, amigos. Pero, nosotros !.... venimos á llorar á hombres que han sido muertos por nosotros, por nuestra causa.

« Lo que querian en efecto, esos pobres Padres, el objeto á que se encaminaban, era formar para Francia una juventud cristiana.

« Sabian que si en el corazon de un niño, se encuentra innato por decirlo así el amor de la familia y el amor de la patria, todo esto es bien débil, bien caprichoso, bien frágil, sin el amor de Dios ; y entonces, en la aurora de nuestra vida, nos habian recibido de la mano de nuestros padres, para fortificar lo que no era en nosotros mas que instintos, por medio de principios para hacernos capaces un dia del heroismo, enseñándonos la ley, severa y consoladora á la par, del sacrificio.

« Pero frente á nuestros maestros, en medio de las conmociones civiles de nuestro desgraciado país, se han encontrado algunos hombres capaces, de todos los crímenes. Esos hombres se han dicho : « Para que la sociedad nos sea una presa fácil, nos es indispensable una sociedad sin Dios. » Y sintiéndose los mas fuertes, durante algunas horas, han matado á los que preparaban á Francia una raza de cristianos.

Si, para esto han ido á buscar á pobres religiosos en sus celdas, y los han retenido prisioneros durante seis semanas. No los presentaban delante un tribunal cualquiera porque (uno de ellos lo habia confesado) no habrian sabido de que acusarles ; solamente, alguna vez les interrogaban para tener ocasion de insultarles. — Pero juzgadles, pues, se les decia, no quedan mas que algunos dias. — Oh ! no, respondian ellos hipócritamente, que-

remos antes que se calmen las pasiones populares. — Y despues, han ido á cogellos, para fusilar á unos á la puerta de la cárcel, asesinar á otros léjos, despues de haberlos espuesto á las rechiflas y á los insultos de la muchedumbre, han infligido á todos tales tratamientos, que, despues de haber examinado las cincuenta víctimas, se encontraron los despojos de los pobres Padres, se pudo contar los culatazos que les habian roto el cráneo, descubrir el sitio en que les habia herido la bala, aquel en que les habian alcanzado las bayonetas; se vieron todas las trazas de su cruel martirio; pero no se pudo apenas reconocer sus facciones.

«Ah! comprendéis bien, Señores, que frente á estos hombres que han sufrido todo esto por nosotros, nuestros gemidos tengan el derecho de hacerse oír, y que seríamos bien ingratos si nos fuera posible contenerlos.

«A Dios pues, ó vosotros que nos habeis educado! á Dios! vosotros que habeis sido por nosotros lo que los Apóstoles eran para los primeros cristianos. Ellos marchaban esparciendo la buena nueva y la buena semilla, abandonando todos los goces legítimos de este mundo, formando por todas partes generaciones de fieles; despues un dia, sabian estos que el diente de las bestias malignas habia destrozado al hombre de Dios que los habia evangelizado, y el acto sangriento de la fé de los maestros aseguraba la fé naciente en el alma de los discípulos. Vosotros habeis hecho lo mismo. Para mejor educarnos, para amarnos mejor, os habiais separado de todas las afecciones del mundo. Ni aun os reservabais aquel goce del padre de familia que, al fin de su vida, se consuela y descansa de los cuidados que exigió la educacion de sus hijos, rodeándose de su reconocida ter-

nura; porque, cuando habiais hecho de nosotros hombres y cristianos, os separabais de nuestro lado, dándonos á esta sociedad tan á menudo ingrata hácia vosotros. Y hé aquí que hoy, por vuestro martirio, poneis el sello á nuestra educacion; hé aquí que somos fortificados en la fé por vuestra sangre vertida por la fé, como los primeros cristianos por la sangre de sus Apóstoles.

«A Dios! ó vosotros á quienes hubiéramos todos querido salvar!

«O Padre mio, vos que habeis sido mas especialmente mi maestro, vos que dirigiais el colegio de Vaugirard, cuando era yo alumno en él, si vuestros verdugos hubiesen conservado algun resto de justicia, no habiais comparecido delante de ellos, sin encontrar entre nosotros un defensor.

«Y vos, que habeis educado tantos oficiales cristianos para el ejército francés (que todos los antiguos alumnos de los Jesuitas me dejen ser su intérprete) entre estos soldados que entraban en París, para restablecer en él el orden y la paz, los habia que fueron vuestros hijos y que, pensando en vos, se lanzaban con mas ardor ante el peligro, desafiaban la muerte, se apresuraban con la esperanza de llegar todavía á tiempo para salvaros. Ay! ay de mí! Deseos impotentes! nuestro ardiente deseo nada ha podido! Y para resignarnos en la desesperacion de nuestros destrozados corazones, no podemos mas que recordarnos las últimas palabras trazadas por la mano de uno de vosotros:» Que la voluntad del Señor sea bendita!

«A Dios! por última vez, á Dios!

«Pero que esta última palabra no esté demasiado impregnada de tristeza. Vosotros nos habeis enseñado á elevar nuestras

almas, á llevar mas alto nuestros corazones; y, cuando yo busco en esta tumba en que habeis bajado, algun eco de mi voz, oigo que me devolveis la palabra que os dirijo, sí, oigo que me decís, á vuestra vez: *A Dios!* y comprendo que esta palabra debe consolarnos. Si, estais cerca de ese Dios con el cual habeis alimentado nuestra infancia; junto á ese Dios es donde nos citais, cuando en la hora de nuestra juventud, venimos á aliviar nuestro dolor, llorando sobre vuestros féretros. Ah! este recuerdo nos quedará; al declinar nuestra vida, guardaremos todavía su memoria. Si, siempre nos acordaremos de la cita que nos dais, en donde nos aguardais ya, y os juro que serémos fieles á ella!.... *A Dios.*»

Ahora, despues de cumplidos los últimos deberes y el último homenaje de todos esos jóvenes, que puedo todavía y siempre llamar mis hijos, no sería conveniente referir como un testimonio de nuestros amigos, aquellas innumerables cartas, venidas no solamente de todas partes de Francia, sino de todos los países de Europa? Créese oír un prolongado grito de dolor. Quiero á lo menos citar una; porque conviene despues de todo, dejar la palabra al Padre de toda la familia religiosa; sabe tambien llorar grandemente á sus hijos que ya no existen, y solo él puede, con Dios, consolar á los que le sobreviven. Doy el testo latino y la traduccion.

Romæ, 1 jun. 1871.

«REVERENDE ET CARISSIME PATER,

«*Pax Christi.*

«Accepi hodie litteras Reverentiæ Vestræ d. 28 maji, quæ timorem quem ultimo tempore in corde habebamus, confirma-

runt: Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum! Ex me ipso metiri possum quid tu sentias, carissime Pater. Omnes preces, omnia sacrificia quæ poteram, ultimo tempore pro vobis vestrisque rebus Deo offerebam. Verum non fuit voluntas Dei, ut dilectissimos illos Patres nobis conservaret; victimas habere voluit, quo Majestas sua tot flagitiis irritata placaretur. Et nihil nobis superest, nisi ut divinæ voluntati nos subjiciamus. Pro salute Galliæ vitam suam dederunt; nos quidem in terris multum perdidisse videmur, sed Deus, qui dives est in misericordia, aliis modis retribuere potest, et pastor æternus pusillum gregem suum non deseret. Oculos ergo et cor nostrum elevemus ad Deum, qui propter illos ipsos, quos ex Societate nostra in holocaustum poposcit, nostri miserebitur. Audio etiam Patres nostros egregium charitatis et devotionis exemplum usque ad ultimum vitæ momentum dedisse, de quo misericordissimo Deo gratias agere debemus, et eo majores gratias nobis sperare possumus. Unde, carissime Pater, Dei judicia in humilitate adoremus et ejus providentiæ nos committamus.

«Ego quidem vestri semper memor sum in orationibus, ut Deus omnia vestra bene disponat. Video adhuc multas difficultates et gravia pericula; sed in manu Domini sumus. Et qui habitat in adjutorio Altissimi in protectione Dei cœli commorabitur.

«Dominus Reverentiæ Vestræ et sociis omnibus benedicat et me Sanctissimis Sacrificiis commendo.

«Reverentiæ Vestræ servus in Christo.

«PETRUS BECKX S. J.»

« Roma, 1.º de Junio de 1871.

MI REVERENDO Y QUERIDO PADRE,

« La paz de N.—S.

« Recibo hoy vuestra carta del 28 de mayo, que confirma todos nuestros temores. El Señor nos los había dado; el Señor nos los ha quitado; que el nombre del Señor sea bendito! Puedo comprender bastante por mí mismo lo que vos sentís, mi muy querido Padre. Todas las oraciones y todos los santos sacrificios de que podía disponer, los ofrecía por vos y vuestros asuntos á Dios en estos últimos tiempos. Pero su voluntad no ha sido el conservarnos á esos muy amados Padres; ha preferido el tomarlos como víctimas, á fin de apaciguar á su divina Majestad irritada por tantos crímenes, y no nos queda mas que someternos á sus adorables consejos. Han dado su vida por la salvación de Francia. Parece, es verdad, que hemos perdido mucho en la tierra, pero Dios, que es rico en misericordia, tendrá otros medios de indemnizarnos, y el eterno Pastor no abandonará á su pequeño rebaño. Elevemos pues hácia Dios nuestros ojos y nuestros corazones; gracias á esos dignos hijos de la Compañía que nos ha pedido en holocausto, tendrá piedad de nosotros. Sé aun que nuestros Padres han dado hasta el último momento de su vida grandes ejemplos de amor de Dios y del prójimo; debemos por ello dar las gracias á la infinita bondad de Nuestro Señor, y para nosotros este es un título mas para esperar nuevas gracias. Así pues, mi muy querido Padre, adoremos humildemente los juicios de Dios y confiémonos á su Providencia.

« En cuanto á mí, me acuerdo sin cesar de vos en mis ora-

ciones, á fin de que Dios disponga bien todo lo que os interesa. Veo todavía numerosas dificultades y grandes peligros; pero estamos en las manos del Señor. Y *aquel que habita en el socorro del Altísimo permanecerá bajo la protección del Dios del cielo.*

« Que nuestro Señor os bendiga y á todos vuestros compañeros. Me recomiendo á vuestros santos sacrificios.

« De vuestra Reverencia,

« El servidor en Jesucristo,

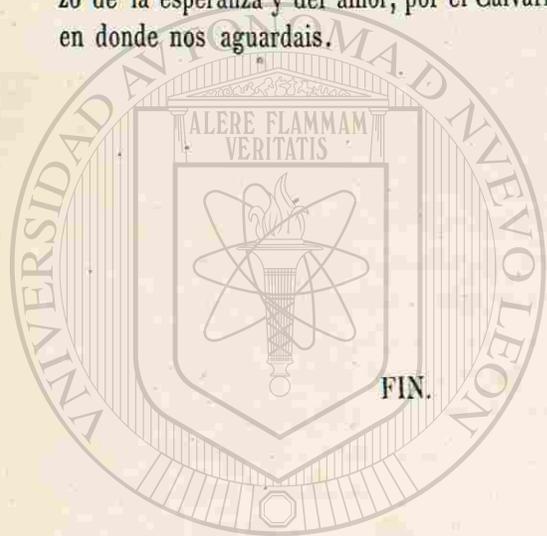
« PEDRO BECKX, S. J. »

Esta carta es de la mano del reverendísimo Padre general de la Compañía y toda ella del corazón del mismo San Ignacio.

Por lo que á mí toca, después de haber recogido, con fraternal amor, las actas y como las reliquias de mis hermanos inmolados, no sé mas que repetir su santa y noble divisa: *Ibant gaudentes!* Oh! como se va con ella de prisa y alto. Ella era verdad ya al principio, sobre sus labios; cuanto mas, al fin, no lo es en su corazón! Ella presagiaba entonces el martirio, y ahora lo corona. Sí, en verdad, si fuerte es la caridad de Jesucristo, si dulce la esperanza del cielo, ellos marchaban, felices de sufrir y de morir por el amor de Jesús, *ibant gaudentes, quoniam habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*; pero me atrevo á pensarlo y escribirlo, son ahora mucho mas felices por no deber hacer mas que gozar ahora y siempre, de la gloria de JESUS.

Hermanos, no estais ya en el mundo, pero nosotros estamos todavía en él, y somos todos de la Compañía de Jesús. Mucho

nos amábamos; amémonos para siempre los unos á los otros. Os felicitamos por vuestra victoria, asistidnos en nuestros combates. Nosotros harémos tambien nuestra, vuestra divisa: *Ibant gaudentes!* Os seguiremos para volvernos á unir, y con el gozo de la esperanza y del amor, por el Calvario irémos al Cielo, en donde nos aguardais.



ÍNDICE.

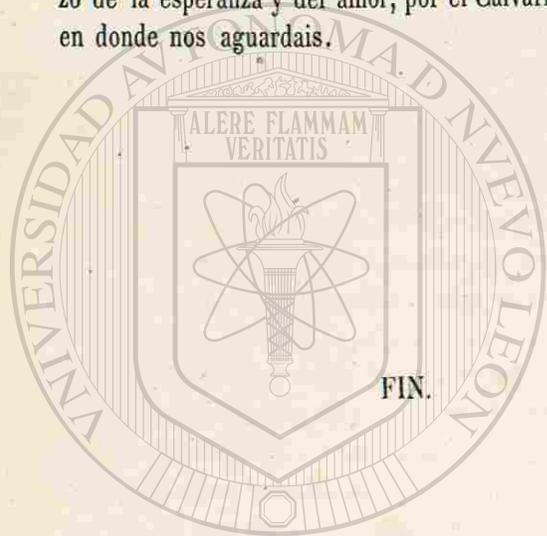
	PÁG.
Dedicatoria	7
Noticias biográficas.. . . .	11
Preliminares.	15
Los arrestos.	21
La Conserjería.	33
Mazas.	41
La Roquette y las ejecuciones.	81
Epílogo.	106

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



nos amábamos; amémonos para siempre los unos á los otros. Os felicitamos por vuestra victoria, asistidnos en nuestros combates. Nosotros harémos tambien nuestra, vuestra divisa: *Ibant gaudentes!* Os seguiremos para volvernos á unir, y con el gozo de la esperanza y del amor, por el Calvario iremos al Cielo, en donde nos aguardais.



ÍNDICE.

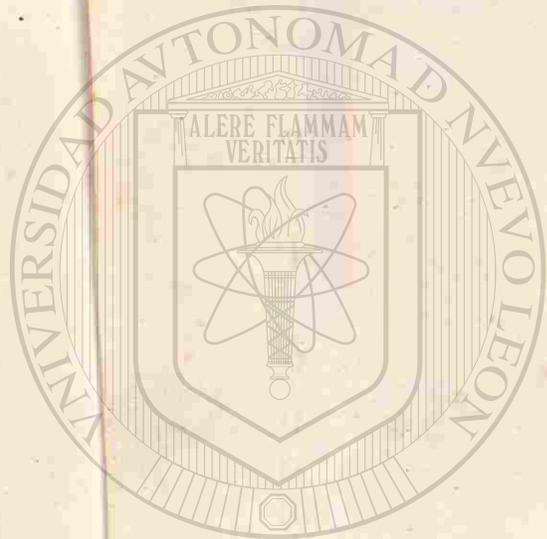
	PÁG.
Dedicatoria	7
Noticias biográficas.. . . .	11
Preliminares.	15
Los arrestos.	21
La Conserjería.	33
Mazas.	41
La Roquette y las ejecuciones.	81
Epílogo.	106

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*M. Isabel Cepeda
Estudios Estéticos*



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EC